



30 €

L-02-102549

C. 1136492

t. 110810



EL EVANGELIO PARA LOS NIÑOS,

OBRA ESCRITA EN ALEMAN

POR EL CANONIGO SCHMID,

adoptada en las escuelas de Francia con aprobacion de la Universidad,
y arreglada al castellano con presencia de los Evangelios,

por el doctor

Don Angel Maria Terradillos,

*Catedrático de la Universidad de Madrid
y Abogado de los tribunales nacionales.*



4.^a EDICION ESMERADAMENTE CORREGIDA.

R. 86640

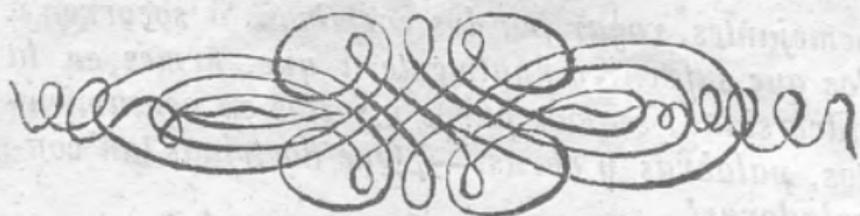
Esta obra se halla aprobada por el Consejo de Instrucción pública, incluida por el Gobierno en la lista de obras de texto, y adoptada por la comisión régia de Escuelas de esta Córte para todos los establecimientos públicos de ambos sexos.

Es propiedad, y será denunciado ante la ley todo ejemplar furtivo.



SEGOVIA. = 1854.

Imprenta de los Sobrinos de Espinosa.



PRÓLOGO.



LA historia, aunque en resúmen, de nuestra santa religion presenta brillante á nuestros ojos y en cada una de todas sus páginas la bondad infinita de Dios para con los hombres. Por esta religion celestial se dignó el ALTÍSIMO revelarnos cómo debemos emplear en este mundo los dones que de él hemos recibido para convertirlos en gloria suya y salvacion nuestra: por esta nueva ley que merece con justo título el nombre de alianza de amor, se aligeran nuestros sufrimientos en este valle de dolor, siendo el único camino para poder arribar á la felicidad eterna. Fuera de su gremio solo puede haber ceguedad de espíritu, extravío de corazón y calamidades indecibles. Ella nos enseña á preservar nuestra alma y nuestro cuerpo del mal, á respetar la propiedad agena, amar á nuestros

semejantes, rogar por los enemigos, á socorrer á los que sufren, y finalmente á que, firmes en la adversidad, seamos puros y justos en pensamientos, palabras y obras.—¡Qué doctrinas tan consoladoras!

Estudiad, pues, niños míos; seguid esta ley santa que aceptásteis en el bautismo, á fin de que hijos siempre piadosos de Dios, seáis preservados del mal y viváis para la gloria de Jesucristo.—Que el espíritu de Jesús reine en vosotros y que os conduzca á través de este mundo de penalidades hasta la herencia de los justos en las moradas celestiales.





GUADROS HISTÓRICOS

SACADOS

DEL NUEVO TESTAMENTO.



I.-ZACARÍAS É ISABEL.

REGINANDO Herodes en Judea, vivia en una de sus pequeñas villas un sacerdote piadoso llamado Zacarías. Isabel era el nombre de su esposa. Los dos, aun viviendo en medio de un pueblo corrompido, hacian una vida agradable al Dios de Israel.

No tenian hijos, lo que les causaba profundas penas, suplicando incesantemente al Señor les concediera uno. Ya eran ancianos y no veian sus deseos cumplidos; unian, sin embargo, sus votos á los de todas las almas piadosas de aquel tiempo, siendo su única esperanza en la tierra

ver nacer al rey divino, prometido á los Israelitas.

Zacarías fue llamado á Jerusalem para entrar á prestar su servicio en el Santuario; pues en aquel tiempo turnaban los sacerdotes por suerte en sus funciones. Cubierto un dia de vestiduras pontificales y con el incensario de oro en la mano, se introdujo detrás de la cortina, que ocultaba á las gentes la entrada del santuario, y se aproximó al altar. Ya las nubes del incienso se elevaban hácia el cielo y oraba el pueblo en el templo, cuando Zacarías percibió de repente un ángel á la diestra del altar.

Quedó sobrecogido de temor el sacerdote; pero el ángel le habló así con bondad: «No temas, Zacarías! fueron oidas tus súplicas: Isabel tu esposa te dará un hijo que llamarás Juan: vosotros con muchas personas os regocijareis de su nacimiento; porque el niño será grande delante del Señor; no beberá vino ni licores fuertes, y antes de nacer será lleno del Espíritu Santo. Convertirá un gran número de hijos de Israel á la fé del Mesías, de quien será el precursor, preparándole los caminos á un pueblo santo».

Asombrado Zacarías, y dudando creer las promesas del ángel, dijo á este: «En qué reconoceré yo la verdad de vuestras palabras? Porque yo soy anciano y mi esposa está ya en edad avanzada.» El ángel le respondió: «Yo soy Gabriel, que asisto al trono del Señor; él me ha

enviado á anunciaros esta bella nueva; y pues que no creísteis en mis palabras, quedareis mudo hasta el dia en que se cumplan mis predicciones.»

Desapareció el ángel; y en efecto, enmudeció Zacarías, permaneciendo por algun tiempo sin poder volver de su aturdimiento. Se admiraba el pueblo de su tardanza en salir del Santuario. Cuando al fin apareció, conocieron todos que le pasaba alguna cosa extraordinaria, porque solo por señas, dirigiéndose á los cielos daba á entender que habia tenido una vision en el lugar santo. Pasó la temporada de su asistencia al templo, continuando mudo Zacarías, quien se volvió á su casa lleno de alegría y esperanza.

El momento fijado en los decretos eternos para el cumplimiento del gran misterio de la redencion de los hombres habia llegado. El hijo de Dios, el Salvador del mundo, va á descender de los cielos, y llenar las esperanzas de las naciones. Antes de aparecer este divino Sol de justicia se hace anunciar. Por eso envia un ángel que revele á Zacarías el nacimiento de su *precursor*, quien debia preparar á los pueblos, que esperaban el Mesías, á recibirle con amor y reconocimiento.

En la vision misteriosa, que Zacarías tuvo en el templo, es donde comienza la historia del Salvador. Leámosla con pureza de corazón y sincero deseo de seguir las doctrinas que encierra. En ellas encontraremos, amados niños, la fuente de los mas dulces consuelos, mientras caminemos por este valle de dolor: ellas nos guiarán á la patria de los bienaventurados.



II.-MARIA.

En Nazaret, pequeña ciudad de Galilea, vivía tranquila y retirada una pobre y tierna virgen. Aunque descendía de la estirpe real de David, se alimentaba con el trabajo de sus manos. Estaba desposada con un carpintero, llamado José, pobre como ella, pero muy temeroso del Señor.

Si bien privada de riquezas terrenales, era riquísima en virtudes, reuniendo la inocencia mas pura á la humildad mas sincera: se llamaba María.

Llena de confianza en los oráculos de los

profetas, esperaba con impaciencia la venida del Salvador, que aquellos habian anunciado. Prosternada delante de Dios, sumergida en un piadoso recogimiento, pensaba un dia, sin duda, en la salud prometida por él á los pueblos: de repente apareció el ángel Gabriel en su habitacion solitaria, diciéndola con una bondad celestial: *«Yo te saludo llena de gracia. El Señor es contigo. Bendita eres entre todas las mugeres.»* Quedó María asombrada de la aparicion del ángel y mas de sus palabras. No podia concebir lo que significaba aquella salutacion.

Pero el ángel para asegurarla dijo: «No temais, María: porque habeis hallado gracia delante de Dios; tendreis un hijo, al que llamareis Jesus; será grande, porque será el hijo del Altísimo. Nuestro Dios y Señor le dará el trono de David, su padre; reinará eternamente sobre la casa de Jacob; y su reinado no tendrá fin.»

Nueva asombrosa en verdad para la mas humilde de las criaturas, para una virgen tímida, cuya sola ambicion era vivir ignorada á la sombra del Santuario y servir allí en la oscuridad á Dios, á quien habia consagrado todos los afectos de su corazon. Sorpréndese por lo mismo al saber que va á ser madre, no sabiendo cómo conciliar esta fecundidad inesperada con la virginidad, que habia jurado al pie de los altares. »¿Cómo, esclamó entonces con una turbacion inesplicable, cómo se obrarán en mí las mara-

villas, que me habeis anunciado, si yo no conozco baron?» Mas el ángel le esplicó el misterio diciendo: «El Espíritu Santo vendrá sobre vos y la virtud del Altísimo os cubrirá con su sombra. Por eso el infante que dareis á luz será llamado el hijo de Dios. Sabed mas; vuestra prima Isabel á pesar de su ancianidad tendrá un hijo antes de tres meses; porque para Dios no hay nada imposible.»

Asegurada María con tales palabras y viendo que podia ser madre sin dejar de ser vírgen, se somete, adora y consiente prorumpiendo: «*Ved en mí la sierva del Señor: hágase en mí segun vuestra palabra*». En el mismo instante se encarnó en sus entrañas el hijo del Altísimo, y se decidió la salud del mundo.

Entonces toda la córte celestial, atenta á las palabras de María, y al sublime misterio que se obra en ella, la proclama madre del Todopoderoso. Dignidad augusta que la eleva inmensamente sobre todos los seres creados, y no pone otros límites á su grandeza, que la grandeza del mismo Dios. Proclamadla tambien vosotros, amados niños, y repetid con la ternura propia de vuestros corazones la dulce salutacion angélica: *Salve María, llena eres de gracia, bendita eres entre todas las mugeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesus.*



III.-MARIA EN CASA DE ISABEL.

Sin perder tiempo se puso María en marcha y atravesó las montañas para visitar á su prima Isabel, á fin de anunciarla tan feliz nueva y elevar unidas sus acciones de gracias al Señor.

Despues de un viage de tres dias entró de improviso en casa de Isabel, la saludó y felicitó porque la gracia del Señor se habia manifestado en ella. Al escuchar la piadosa Isabel esta felicitacion, inspirada por el Espíritu Santo, conoció la causa que habia conducido hasta allí á María. Entonces, llena de respeto y alegría santa, exclamó: « *Oh bendita entre todas las mugeres! ¿De' dónde á mí la dicha de que la madre del Señor venga á visitarme? Feliz la que ha creído; porque todo lo que se ha anunciado será cumplido.* »

Oyéndose nombrar María la madre del Señor, reconoció con sorpresa que, no solamente la habia Dios revelado el secreto de Isabel, sino que ésta sabia tambien el suyo.

Su alegría se aumenta, se eleva su alma hácia el empireo, se dilata su corazon, da gracias en alta voz al Señor, y sus palabras se convierten en un himno de alabanzas, que hoy dia repite la iglesia.

«Mi alma, exclamó, glorifica al Señor! Mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque fijó sus miradas en la humildad de su sierva; y desde hoy me llamarán bienaventurada las generaciones todas. Grandes maravillas ha obrado en mí el Todopoderoso, y su nombre Santo. Su misericordia se derramará de generacion en generacion sobre todos los que le temen. El desplegó la fuerza de su brazo, y dissipó los designios que los orgullosos formaban en su corazon. Ha depuesto á los poderosos de su trono y elevado á los humildes. Ha colmado de bienes á los hambrientos y ha desnudado de todo á los ricos. Ha recordado su misericordia y tomado bajo su proteccion á Israel, su hijo, segun la promesa hecha á nuestros padres, á Abraham y su generacion, por todos los siglos.»

Cuán puros y magníficos son los acentos estos con que María celebra la bondad y la misericordia infinita de su Dios! Son la espresion de un alma toda abrasada en amor divino que se eleva sobre todo lo criado, para ir á meditar en el seno de la divinidad, los secretos de la Providencia. Nada tiene su voz de terreno; es sublime como la de las inteligencias celestes, incesantemente ocupadas en cantar las grandezas de Dios *tres veces santo* y los prodigios del eterno amor.

IV.-NACIMIENTO DE JUAN.

Tres meses habitó María al lado de Isabel. Mucho les costó la separacion, porque sus ale-

grías en Dios y su afecto mútuo eran inesplicables. Zacarías é Isabel tuvieron en efecto el hijo que el ángel les habia anunciado, recibéndole como un don del cielo, y se sintieron penetrados del mas vivo reconocimiento hácia Dios. «En mis ancianos dias, dijo Isabel, me ha enviado el Señor tan grandes alegrías.»

Los vecinos y parientes de Isabel vinieron á compartir su dicha. Querian que el niño se llamase como su padre, pero Isabel les dijo: No: que se llamará Juan. Sin embargo, respondieron sus parientes, nadie hay en la familia que tenga ese nombre, y al mismo tiempo preguntaban al padre del infante cómo queria que se nombrase. Zacarías, que aun estaba privado del uso de la palabra, tomó una tabla y escribió: *Juan es su nombre*. Así se lo habia ordenado el ángel en el templo.

Quedaron asombrados los asistentes; pero en el mismo instante en que Zacarías acabó de escribir el nombre de su hijo, se abrieron sus labios y pudo ya hablar; y á este don le agregó el cielo el don de profecía.

Inspirado por el Espíritu Santo aquel feliz anciano entonó el siguiente magnífico cántico, que contiene en compendio toda la economía del gran misterio de la Encarnacion, y la pintura de la iglesia en sus mas bellos dias.

«Bendito sea el Señor de Israel que nos ha levantado un Salvador en la casa de David, su siervo; segun

lo que habia prometido por la boca de sus profetas santos de los pasados siglos: que seriamos libertados de nuestros enemigos y cuantos nos aborrecen, para ejercer su misericordia hácia nuestros padres y acordarse de su alianza santa; porque él juró á nuestro padre Abraham que nos libertaria de manos de nuestros enemigos, para que pudiesemos sin temor servirle y marchar en su presencia con santidad y justicia por toda nuestra vida.—Y tú, hijo mio, añadió dirigiéndose al recién nacido, serás llamado el profeta del Altísimo, marcharás ante la faz del Señor á prepararle sus caminos, para dar á su pueblo la ciencia de la salvacion, á fin de que obtenga la remision de sus pecados, por la misericordia infinita de Dios, el que hace hoy brillar sobre nosotros una aurora celestial, para alumbrar á los que están sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte, para conducir nuestros pasos al camino de la paz.»

Un santo respeto se apoderó de todos los asistentes. Cuantos oyeron hablar de las maravillas que habian acompañado al nacimiento del hijo de Zacarías, se dijeron sorprendidos mutuamente: «*Qué pensais que será este niño un dia? La mano del Señor está visiblemente con él.*»

Cumplió Dios todas las maravillas que habia predicho á Zacarías de su hijo; y á fin de prepararle al glorioso misterio que le habia confiado, le hizo crecer en sabiduría y en virtud; y quiso que se retirase al desierto, hasta el dia en que debia aparecer ante el pueblo de Israel para anunciar que el Mesías habia venido; y que este Mesías era Jesus.



V.-NACIMIENTO DE JESUCRISTO.

Mientras que el ruido de los prodigios, que habian acompañado al nacimiento de Juan, se esparcía por Judea, María, que habia vuelto á Nazaret, meditaba en la soledad y el retiro el incomprendible misterio de que era depositaria é instrumento, y habia llamado á José lo que habia acontecido: mas apercibiendo su esposo que iba á ser madre, se encontró en una cruel duda. Como era hombre justo no queria difamarla, acusándola de un crimen, de que por otra parte sabia muy bien que era incapaz María; por esto resolvió abandonarla secretamente. Cuando se hallaba con tal pensamiento, se le apareció en

sueños un ángel y le dijo: «José, hijo de David, no temas tener á tu lado á María, tu esposa. Ha concebido del Espíritu Santo y será madre del hijo de Dios. Llamareis Jesus al infante que nacerá de ella; porque salvará á su pueblo librándole de los pecados.»

Obedeció José las órdenes de Dios, se quedó con su esposa, y vivieron en Nazaret en la mas dulce union, llenos de reconocimiento hácia el Eterno, puros é inocentes como los ángeles del Cielo.

Cuando José y María tocaban ya el dia del cumplimiento de la prediccion divina, se publicó un decreto del Emperador Augusto que ordenaba el empadronamiento de todos los súbditos del Imperio romano. Cada uno debia registrarse en la poblacion, de donde habia salido su familia. José y María descendian de la estirpe de David, por eso se trasladaron á Belen, lugar del nacimiento de este rey, por mas penoso que debió parecerles en tal momento un viage tan largo.

Era al caer de la tarde cuando arribaron á Belen; la ciudad estaba llena de estrangeros que con el mismo motivo habian llegado. En vano buscó José una posada en donde pudiera acogerse María. En todas partes se les negó: todo estaba ocupado.

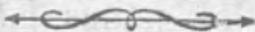
Fatigados del viage, vieron cerrarse la noche y ninguna puerta se les abria. No desmin-

tieron sin embargo su confianza en Dios y su resignacion. Habia fuera de la ciudad un establo que servia de asilo á los pastores de las cercanías y á sus ganados. A él se trasladaron los esposos para pasar la noche. Allí fue, niños amados (que pongan atencion los que lean, y los que escuchen, reflexionen) allí fue donde *en un pesebre apareció al mundo Jesucristo, el hijo de Dios*. Gracias se rindan eternamente al Señor!

Envolvió María al recién nacido en unos pobres pañales, adorando en aquel tierno infante al Criador del cielo y tierra, al Salvador del mundo.

Así es como, cuatro mil años despues de la creacion del Universo, nació el hijo del Altísimo en una pobreza suma, en el silencio de la noche y sin pompa alguna. Y allí, niños míos, no tenia el Rey de reyes por palacio sino una pobre choza, y un pesebre por trono: aquel que habia de ver todos los hombres á sus pies, y que dicta las leyes al Universo entero, no tenia por cortesanos sino animales viles, que calentaban con su aliente sus miembros pasmados de frio. Tal era la voluntad santa de su Padre, contraria, es verdad, á las esperanzas mundanas de los hombres, pero conforme á las divinas predicciones.

»Nada son las pompas y magnificencia de la tierra
 »delante de Dios; y en el reino que vino á fundar Je-
 »sus, la virtud solamente y la santidad son preciosas.»





VI.—LOS PASTORES DELANTE DEL PESEBRE.

Era avanzada la noche: todos los habitantes de Belen estaban entregados al reposo: habia solo en los campos algunos pobres pastores, velando al lado de sus rebaños. Llenos de sencillez, su piedad era sincera, semejante á la del jóven pastor David, que en otros tiempos habia apacentado tambien sus ovejas en aquellas comarcas.

Cuando mas solícitos se hallaban en cuidar de las ovejas por la oscuridad de la noche, se les apareció de repente un ángel del Señor en toda su gloria; una claridad celestial los circunda, y quedan pasmados sobremanera. «No temais, les dijo el ángel, vengo á anunciaros una nueva que será motivo de grande alegría al pueblo. En la ciudad de David os ha nacido hoy un Salvador, que es Jesucristo.» Ved la señal por la que le reconocereis: *«Un niño envuelto, reclinado en un pesebre.»*

Se unieron, al propio tiempo, al ángel multitud de otros mensajeros celestes, quienes alabando al Eterno entonaron este divino cántico:

«Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

Nunca habian contemplado los pastores semejante espectáculo, jamás habian escuchado

tan dulce armonía. Sorprendidos y alegres á la par, viendo que los ángeles se lanzaban al em-píreo, se dijeron los unos á los otros: «Vamos, vamos en seguida á Belen y veamos quién es el Señor que se nos ha anunciado.» Apresurando el paso llegaron á la choza, que les era bien conocida, encontraron á José y Maria, y percibieron en el pesebre un niño, la mas hermosa de las criaturas.

Se aproximaron llenos de un profundo respeto: le contemplaron con placer inesplicable sin poder dejar de mirarle. José y la Virgen se admiraban, viendo que el nacimiento del divino Infante era sabido por aquellos hombres; y se llenaron de alegría luego que supieron que un ángel le habia revelado á los pastores.

Todos reunidos se regocijaron y glorificaron á Dios: volviéronse á sus hatos los pastores, donde comunicaron el suceso maravilloso que habian presenciado, lo que fué oido con estraordinaria admiracion.

Meditad, niños, sobre tan elevado misterio. Un Infante á quien anuncian coros de ángeles, como á Rey de los reyes, se deja ver la primera vez de los hombres reclinado en un pesebre!... Pues bien, esta es la primera leccion que el hijo de Dios enseñó á los pecadores. Nació humildemente para ser elevado despues sobre los querubines, en lo que dió á entender ya, que *aquel que se humilla será ensalzado.*





VII.—PRESENTACION DE JESUS EN EL TEMPLO.

La primera salida de María, despues de su alumbramiento, fué para presentarse en el templo, como lo prescribia la ley de Moisés. La Virgen, aunque exenta de esta ley, hecha solo para las mugeres impuras, se sometió á ella con la humildad y obediencia que la caracterizaban. De qué religioso respeto no debió sentirse penetrada, cuando entró en el templo para ofrecer á Dios su mismo hijo divino, que conducía en sus brazos! Llevaba ademas dos ternas tórtolas, ofrenda prescripta por la ley á los pobres, porque su pobreza no le permitia sacrificar un cordero. Su ofrenda, no obstante, fué mas agradable al Señor que los mas ricos dones; porque habia sido presentada por un corazon lleno de fervoroso amor.

Los sacerdotes y el pueblo vieron al niño Jesus, sin apereibirse de su origen divino. No podian sus almas profanas reconocer al Salvador de los hombres bajo el exterior de la debilidad y de la indigencia. En la populosa Jerusalem solo algunas almas puras merecieron tan señalado favor.

Vivia en esta ciudad un justo, temeroso de Dios, Llamado Simeon, y vivia esperando el consuelo de Israel en el Salvador del mundo.

Le habia revelado el Espíritu Santo que no moriria sin ver á Cristo, el Ungido del Señor. Arrastrado por una inspiracion divina llegó al templo cuando María y José se hallaban allí con el Infante Jesus. Apenas los vió Simeon reconoció al Mesías tanto tiempo deseado; le tomó en sus brazos, y elevando los ojos al cielo exclamó: «Ahora, Señor, dejareis á vuestro siervo morir en paz segun vuestra palabra: porque mis ojos vieron al Salvador que nos disteis, y que habiais destinado para ser puesto á la vista de los pueblos, como luz iluminadora de las naciones y gloria de vuestro pueblo de Israel.»

En seguida, volviéndose el anciano hácia María, la contempló enternecido y la dijo: «Este niño ha nacido para la ruina y la resurreccion de muchos en Israel. Por él serán descubiertos los pensamientos ocultos en el fondo de los corazones; *y vos sereis herida con una espada de dolor.*»

Bien pronto veremos, niños míos, cómo se cumplió esta profecía, y en qué abismo de amargura fué sumergida el alma tan sensible y compasiva de María.

Mientras que Simeon hablaba aun, se presentó Ana, viuda anciana de ochenta y cuatro años. Quiso Dios tambien concederla antes de su muerte la alegría de ver al Salvador, en cuyo temor habia vivido. Unió sus alabanzas á las de Simeon y habló como él del Mesías á cuantos, como ella, esperaban su venida.



VIII.-LA ADORACION DE LOS MAGOS.

El Salvador del mundo habia nacido, y solamente algunas almas puras se regocijaban en silencio de su venida. Asi, todo Israel ignoraba este grande acontecimiento; pero el Señor se resolvió dar á conocer al pueblo el nacimiento de su hijo.

Repentinamente aparecieron en Jerusalem Magos de distinguido rango que venian de un pais lejano, situado en el Oriente: «*Dónde está el Rey de los judios? preguntaron al momento. Hemos visto su estrella en Oriente y venimos con dones á adorarle.*»

Pronto se esparció por Jerusalem la llegada de tales extranjeros. Tembló el Rey sobre su trono y con él toda la ciudad. Todos sintieron despertarse las acusaciones de su conciencia, y temió el Rey perder su corona.

Apresuradamente hizo Herodes congregar á los sacerdotes y doctores mas famosos, y les preguntó: dónde debia nacer Cristo.—«En Belen, respondieron, ciudad de la Tribu de Judá, segun lo habia dicho el profeta Micheas: *Tú, Belen, no serás la menor entre las principales ciudades de Judá: porque de tí saldrá el gefe que conducirá mi pueblo de Israel.*»

Con esta noticia mandó Herodes venir secretamente á los Magos y les preguntó con gran cuidado qué tiempo habia desde que la estrella se les apareció. Los extranjeros le contestaron sin faltar á la verdad. Entonces los envió á Belen, diciéndoles: «Id, informaos exactamente de ese niño, y cuando le halleis, venid á decírmelo para presentarme yo tambien á adorarle.» Pero sus intenciones no eran sino buscar en secreto al Infante y hacerle morir.

A pesar de ir entrando la noche se pusieron los Magos en camino para Belen, que distaba pocas leguas de Jerusalem. Súbitamente se disiparon las nubes, que enteramente cubrian el Cielo, y la misma estrella, que habian visto en Oriente, apareció de nuevo, brillante y bella, en el firmamento. Caminaba el astro como guiándolos, hasta que pareció detenerse encima de la choza donde se hallaba el niño. Entraron en ella regocijados y encontraron á Jesus y María su madre. Se prosternaron delante de él y le adoraron: en seguida le ofrecieron en tributo, oro, incienso y mirra; *oro* como á Rey, *incienso* como á Dios, y *mirra* como á hombre.

Al siguiente dia pensaban noticiar á Herodes lo que les habia pasado; pero Dios, que conocia las malas intenciones del Rey, les avisó en sueños que no lo hiciesen, y obedeciendo las órdenes del Señor y alabándole se volvieron á su pais por otro camino.



IX.--HUIDA Á EGIPTO.

Con impaciencia esperaba Herodes la vuelta de los Magos; pero viendo que no volvian, mandó que en Belen y sus alrededores se diese muerte á todos los niños varones que no pasasen de dos años de edad, con el fin de que pereciese el Infante que tanto le alarmaba.

El Señor, para desbaratar sus criminales proyectos, mandó un ángel, que apareciéndose á José en sueños, le dijo: «Levántate, toma al Hijo y á la Madre y huid á Egipto: permaneced allí hasta que yo os mande volver; porque Herodes buscará al niño para matarle.»

Se levantó José, tomó al niño y su madre, y de noche huyó á Egipto.

Entretanto los asesinos mandados por Herodes penetran en Belen, arrancan con ferocidad los

hijos á sus madres, y los degüellan sin piedad; ni los conmueven los tristes gemidos de los inocentes ni los horrendos gritos de las atribuladas madres.

Creia el cruel Herodes haber asegurado con tal crimen su corona. Pero cuán grande era su error! Vivía Jesus en Egipto libre de sus furores; y pocos años despues de tan horrible mantanza perdió el bárbaro el trono con la vida.

Despues de muerto Herodes, se apareció de nuevo el ángel á José, y le dijo: Volved á Israel; porque los que querian la vida del niño murieron. Cuando regresó la Santa familia al pais de Israel, supo José que reinaba Archelao, hijo de Herodes, y advertido tambien por un ángel, se retiró á Nazaret su patria y de su esposa. Allí se fijaron y vivieron dichosos y tranquilos, alimentándose del trabajo de sus manos, y criando con mucho cuidado al Infante que Dios les habia confiado.

Contemplemos, niños mios, un instante el maravilloso espectáculo que nos presenta el interior de esta Santa Familia. ¡Qué cosa mas interesante que ver á Jesus, el Criador del Cielo y tierra; á María, Madre de Dios y la mas pura de las criaturas; á José, cuya santidad habia merecido ser el custodio y padre putativo del niño Jesus; qué cosa mas interesante, repito, que verlos vivir en la oscuridad y el retiro, lejos de un mundo indigno de poseerlos y conocerlos, amándose y entregándose á la práctica de todas las virtudes! ¡Ojalá que esta Santa Familia fuese el modelo de todas las familias cristianas! La tierra entonces nos ofreceria adelantadas todas las delicias del paraiso celestial.



X.--EL NIÑO JESUS EN EL TEMPLO.

Crecia Jesus y se fortificaba en la morada de sus padres en Nazaret. Brillaba en él una gracia celestial, y desde su infancia anunciaba una divina sabiduría. Sus padres iban anualmente á Jerusalem á la festividad de la Pascua, porque así lo prescribía la ley de los israelitas. Cuando tuvo Jesus doce años, le llevaron consigo, y él los seguía contentísimo. ¡Cuál debió ser su emocion cuando apercibiese desde lejos la ciudad santa y el templo que la dominaba! Era la primera vez que hácia él se encaminaba. Un profundo recogimiento y la meditacion de la voluntad de su padre celestial le absorvian enteramente. Habiendo pasado los dias de la Pascua regresaban sus padres á Nazaret, cuando notaron que Jesus no venia con ellos. Se tranquilizaron al pronto, creyendo que se habia adelantado con algunos compañeros de viage, y continuaron su marcha. Al llegar por la tarde á la posada, en que pensaban pernoctar, le buscaron entre sus parientes y conocidos; pero no hallándole, se llenaron de grande inquietud. Conocian la obediencia de su hijo: nunca los habia dejado sin pedir permiso; por lo que, angustiadísimos, se volvieron á Jerusalem. Le buscaron

fatigados por todas partes; pero nadie les daba razon de él. Al fin, llenos de temor y de ansiedad le hallaron al tercer dia en el templo, sentado enmedio de los doctores escuchádoles, preguntádoles y respondiéndolo á sus preguntas. Una multitud le rodeaba fijos los ojos en él, y asombrándose todos de la sabiduría de sus respuestas.

Llena todavía su madre de inquietud, se llegó á Jesus, y le dijo con ternura: «¿Por qué, hijo mio, has obrado asi con nosotros? Te hemos buscado llenos de afliccion.»—¿Por qué me buscáis? respondió Jesus con dulzura. Ignorais que es preciso que me ocupe en las cosas que pertenecen á mi padre? María grabó profundamente en su corazon tales palabras.

Habiendo Jesus dejado á Jerusalem volvió á la pobre y apacible choza que habitaba en Nazaret. Allí se pasó su juventud. La historia de su tierna edad os servirá de modelo: está contenida en estas pocas palabras: «Jesus vivia sumiso á sus padres, crecia en sabiduría, en edad, y en gracia delante de Dios y de los hombres.» Parecéos á él, obedeciendo en todo á vuestros progenitores.



XI.--JUAN BAUTISTA EN EL DESIERTO.

Se aproximaba el tiempo en que Jesús debía manifestarse á los ojos de los hombres, y emprender la obra de la redencion del hombre. Juan debía preparar los corazones de los israelitas para la venida del Salvador.

Habia vivido el precursor retirado en el desierto, hasta que una órden del Señor le mandó comenzar su predicacion; y se encaminó hácia las orillas del Jordan. Llevaba Juan un vestido grosero de piel de camello, y un cinto de cuero le ceñía. Su comida eran langostas y miel silvestre; el agua de los arroyos apagaba su sed, y una caverna en medio de las rocas le servía de morada.

Comenzó pues á predicar públicamente diciendo: *Haced penitencia, porque se aproxima el reino de los Cielos;* y bautizaba en las aguas del Jordan á cuantos se allegaban arrepentidos. Era aquel bautismo una ceremonia religiosa por la que se hacia confesion pública de abrazar la penitencia. Este bautismo no borraba los pecados; pero sí predisponia al bautismo de Jesucristo, en el que se encuentra la gracia de lavar y quitar todas las manchas del alma.

Hicieron mucho ruido las predicaciones de

Juan por el pais, y de la Judea entera llegaban gentes al desierto para escucharle y ser bautizadas. En medio de la multitud penitente apercibió un dia el profeta algunos fariseos hipócritas y supersticiosos, con algunos incrédulos saduceos. Leyendo Juan en sus corazones corrompidos que no era el sentimiento de verdadera penitencia lo que allí les traia, dirigiéndose á ellos, les dijo con severidad: «Raza de víboras, quien os enseñó á desafiar la cólera del porvenir. Haced pues frutos dignos de penitencia; y no os digais á vosotros mismos: *Tenemos por padre á Abraham*; porque yo os declaro que Dios puede hacer salir de esas piedras hijos de Abraham. Ya está puesta el hacha al pié del árbol. Todo árbol que no produzca buenos frutos será cortado y arrojado al fuego.»

Conmovidas muchas personas por sus discursos, le preguntaron: ¿Qué debemos hacer para producir buenos frutos? Juan les respondió: «El que tenga dos vestidos dará uno al que no le tenga: y el que tenga que comer parta con el necesitado.»

Movido el pueblo por la fuerza y verdad de sus discursos, creyó por un momento que Juan era el mismo Mesías; pero el profeta prorumpió: «Vendrá otro mas poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar las correas de sus zapatos. Yo os bautizo con agua para prepararos á la penitencia; mas él os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego. El reunirá el trigo en su granero; mas quemará la paja en un fuego que jamás se apagará.»

XII.-BAUTISMO DE JESUS Y SU MORADA EN EL DESIERTO.

Mientras que todo el pueblo corria para ser bautizado, tambien Jesus dejó á Nazaret, y fué á buscar á Juan en las orillas del Jordan para recibir sobre su divina frente aquella humillante agua, que no debia correr sino sobre la de los pecadores. Pero Juan, deteniendo á Jesus con respeto el mas profundo, en el momento en que queria descender al rio, le dijo: «Yo soy quien debe ser bautizado por vos, y vos venis á mí!» Jesus le respondió: «No os opongais por ahora; asi es como debemos cumplir toda la justicia.» Después de oir Juan estas palabras no vaciló mas y bautizó á Jesus en las aguas del Jordan.

Luego que fué bautizado Jesus, salió al instante de las aguas y se puso á orar. Los cielos se abrieron al momento, y la voz del eterno padre se hizo escuchar: «*Este es mi hijo amado, en quien tengo todas mis complacencias.*» Y para que nadie dudase que era él á quien se dirigia aquel glorioso testimonio, el Espíritu Santo bajó visiblemente sobre él, en figura de paloma.

Asi fué Jesus reconocido solemnemente, como hijo de Dios; y por esta manifestacion confirmó su padre celestial públicamente la divinidad de su mision.



XIII.-JESUS TENTADO POR SATANAS.

Despues de su bautismo se trasladó Jesus al desierto, donde pasó cuarenta dias en la oracion, la contemplacion y el ayuno.

Despues de estos dias tuvo hambre; y Satanás vino entonces al desierto y le dijo: *«Si sois hijo de Dios haced que estas piedras se vuelvan pan. Pero Jesus respondió: está escrito: «El hombre no vive solo de pan, sino de toda palabra que sale de boca de Dios.»»*

Ensayó Satanás otra tentacion llevando á Jesus por los aires á la cima del templo, desde donde se percibia, en una profundidad espantosa, el recinto inmenso de Jerusalem. *«Si sois hijo de Dios, le dijo, arrojaos abajo; porque está es-*

erilo: «El ordenará á sus ángeles que velen sobre vos, y os sostengan con sus manos.» Rechazó Jesus esta tentacion diciendo: Tambien está escrito: *No tentarás al Señor tu Dios.*

Por tercera vez tentó Satanás á Jesus trasportándole á la cumbre de una montaña, desde donde se dominaban con la vista inmensos reinos, y haciéndole notar aquel magnifico espectáculo, le dijo: «Os daré cuanto veis, si os arrojais ante mí y me adorais.» Indignado Jesus le contestó: «Retírate, Satanás, porque, está escrito: *Adorarás al Señor tu Dios y á él solo servirás.*» Burlado con semejantes respuestas huyó el tentador Satanás, y ángeles mil rodearon á Jesus y le sirvieron.

De la misma manera, hijos míos, llenos de confianza en las palabras del Señor, debemos vencer todas las tentaciones que nos agiten. Con el socorro de la divina gracia lo podremos hacer fácilmente; porque Dios no permite que suframos tentaciones imposibles de vencer. A ejemplo de Jesus, nuestro Salvador y modelo, rechazaremos todas las pérfidas insinuaciones del enemigo de nuestra salud: combatamos con las armas que nos da la fé. Entonces seremos dignos de llevar el nombre de discípulos de Jesucristo.



XIV.-JUAN RECONOCE SEGUNDA VEZ A

Jesus por el Salvador del mundo.

PRIMEROS DISCÍPULOS DEL SEÑOR.

Habiendo Jesus dejado el desierto, se aproximó á las orillas del Jordan, donde encontró al Bautista rodeado de muchas gentes. Apenas Juan percibió á Jesus, exclamó lleno de alegría: «*Mirad el Cordero de Dios que quita todos los pecados del mundo.*» Aquel es de quien os he dicho constantemente: Despues de mí vendrá un hombre que me es preferido, porque es mas grande que yo.

Dos discípulos de Juan deseaban ardientemente conocer en particular á Jesus. Le siguieron á cierta distancia, pero llenos de timidez. Viéndolos Jesus aproximarse con tanta turbacion, se volvió á ellos, y con dulzura les dijo: «¿Qué buscáis? Ellos contestaron: Maestro, donde vivís? Seguidme y vereis, repuso Jesus.» Llenos de la mayor alegría le siguieron y pasaron á su lado todo el dia. Se llamaban Juan y Andrés, y llegaron á ser pronto amigos queridos del Salvador y Apóstoles suyos.

Tenia Andrés un hermano llamado Simon á quien se apresuró á noticiarle que habia encontrado al Mesías, y en seguida le presentó á Je-

sus. Habiéndole mirado el Salvador, le dijo para probarle, que leía en el fondo de su corazón: «Sois Simon, el hijo de Jonás; pero desde este momento os llamareis Pedro, es decir, el hombre firme como una roca.» Tales fueron las expresiones con que Jesús recibió á Pedro en el número de sus discípulos.

Al siguiente día, queriendo Jesús ir á Galilea, encontró á Felipe. El fondo de los corazones se descubría á Jesús, que penetraba en los mas ocultos pensamientos y deseos de cuantos se le acercaban, y reconociendo en Felipe una alma recta, le dijo: «Sígueme.» Felipe siguió las huellas del Señor, atraído por su bondad divina.

Tenia Felipe un amigo llamado Natanael, cuyo piadoso corazón deseaba ardientemente conocer á Jesús, por lo que Felipe se apresuró á buscar al amigo.

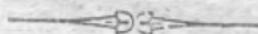
Durante la misma jornada habia estado Natanael durmiendo bajo una higuera. Parece que aquel momento fué para él de grande importancia, aunque la historia nos oculta el motivo; pero es de suponer que allí elevó fervientes súplicas á Dios para que le concediese ver al Mesías.

Acababa Natanael de dejar la higuera, cuando percibió á Felipe, que llegándose á él, le dijo con alegría: «Hemos encontrado al que anunciaron Moisés y los profetas, es Jesús de Nazaret, el hijo de José.» Cediendo Natanael á una pre-

ocupacion comun entre los judíos, le replicó: «¿Puede venir algo bueno de Nazaret?— Venid y ved,» contestó Felipe; Natanael le siguió para convencerse.

Viéndole Jesus venir, le dijo: Ved aqui á un verdadero israelita sin artificio ni disfraz. Sorprendido Natanael, le preguntó: De dónde pues me conocéis? Fijando el Señor sobre él una mirada que debió penetrar hasta el fondo de su corazon, le respondió: Antes que te llamase Felipe te habia yo visto cuando estabas debajo de la higuera. Persuadido entonces Natanael que solo Dios podia haberle visto en tal lugar, exclamó con un santo entusiasmo: Maestro, sois el hijo de Dios! Sois el Rey de Israel! —«Porque os dije que os habia visto debajo de la higuera, creéis, replicó Jesus: pues en verdad os digo que en adelante vereis el Cielo abierto y á los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre.»

Hijo del hombre: tal es el nombre que Jesus, aunque Dios, apreciaba mas, sin duda para recordarnos la humildad con el ejemplo, y para enseñarnos al amor infinito que le obligó á revestirse de la naturaleza humana para salvarnos.



XV.-BODAS DE CANÁ.

Tres dias despues se celebraron bodas en Caná de Galilea. Hallándose allí Jesus y su Madre fueron convidados. Segun todas las apariencias, debe suponerse que los novios eran pobres. Faltaba vino, y notándolo María dijo á Jesus: no tienen vino; y el Señor le respondió: «muger, qué hay comun entre vos y mí? No ha llegado aun mi hora.» Esta respuesta de Jesus á su Madre tiene algo de severa, es verdad; pero es de presumir que el tono de voz que la acompañó dulcificase su amargura. María, sin embargo, la oyó tranquila, y movida por el Espíritu Santo, que interiormente la manifestó haber sido escuchado su ruego, dijo á los criados: Haced cuanto os diga.

Se hallaban en la sala donde se comia, seis grandes cántaros de piedra destinados á contener agua para las purificaciones segun costumbre de los judíos.

Jesus dijo á los criados: llenad de agua esas vasijas, y habiendo sido obedecido, añadió: sacada hora y llevad de ello al amo de la casa. Lo ejecutaron los criados, y gustándolo el amo halló un vino delicioso. No sabiendo de dónde

provenia, llamó al esposo y le dijo: «Todo hombre sirve primero el vino bueno, y despues que se ha bebido mucho, sirve lo inferior; pero vos habeis reservado el buen vino para lo último.»

Al momento supieron todos los convidados lo que acababa de pasar, y quedaron pasmados de semejante milagro. Despues de hacer algunos comentarios, reconocieron al fin que el hijo de Dios estaba sentado á la mesa con ellos. Este fué el primer milagro público del Señor.

XVI.-JESUS EN EL TEMPLO.

Se aproximaba la fiesta de la Pascua, y millares de gentes israelitas y paganos acudian al templo desde los paises mas remotos. Quiso Jesus tambien hallarse en Jerusalem para estas fiestas solemnes.

La fábrica del templo era de suntuosa magnificencia; tres grandes átrios conducian al interior. La entrada del primero estaba abierta á los paganos; mas poco á poco se fué convirtiendo el átrio en mercado público: sin respeto á la dignidad del lugar santo se esponian alli los animales destinados á los sacrificios.

Percibió Jesus al entrar el tumulto causado por aquella multitud innumerable que vendia bueyes, carneros y palomas, igualmente que cambistas sentados en sus mesas.

Vivamente indignado, viendo aquella profanacion del lugar santo, animado de un celo divino por la gloria de su Padre, se llenó de una cólera santa, y tomando un látigo echó fuera del templo todos aquellos mercaderes con sus ganados, tiró á tierra las mesas con el dinero, y dijo á los que vendian palomas: Quitad esto de aquí, y no hagais un lugar de tráfico la casa de mi Padre. En pocos instantes se vió desalojado el átrio. Tal era el poder que Jesus ejercia aun entre las gentes groseras. Una magestad divina brillaba en todo su ser. Esta fué la primera accion pública, y en ella mostró suficientemente el objeto de su venida al mundo.

Bien pronto se agolparon los sacerdotes preguntándole con altivez: ¿Qué derecho teneis para hacer tales cosas? Jesus le respondió: «Destruid este templo y yo le reedificaré en tres dias.» Jesus queria dar á entender por esto su cuerpo, y le llamaba con razon el templo de Dios. Los sacerdotes no entendieron el sentido de sus palabras: creian que hablaba del templo material y replicaron con un tono lleno de desprecio: cuarenta años se tardaron en fabricar este templo, y vos le levantarais en tres dias! y le dejaron llenos de disgusto.

Al hablar, niños mios, Jesus, de la destruccion del templo, hizo alusion á su muerte y resurreccion. Asi esplicadas sus palabras, cuánta verdad encerraban!



XVII.-JESUS Y LA SAMARITANA.

Dejó el Salvador á Jerusalem para volver á Nazaret: el camino le conducia por medio del pais de Samaria. Llegó á Sichar, ciudad llamada en otro tiempo Sicaen, donde habia un pozo que habia hecho abrir Jacob. Fatigado Jesus del camino, se sentó junto al pozo; y sus discípulos le dejaron por ir á buscar víveres en la poblacion.

Hallándose Jesus solo al lado de la fuente, vió una mujer samaritana, que venia á sacar agua. Odiaban tenazmente los judíos á los habitantes del pais de Samaria: jamás se saludaban los unos á los otros, y nada podia decidirles á beber en un mismo vaso. Reprobaba Jesus esta enemistad:

su amante corazon condenaba el pecado y el error; pero no podia condenar á los hombres que á ellos se entregaban. Asi es que dijo con bondad á la samaritana: «Dadme de beber.» Sorprendida la mujer de tan benévola acogida, replicó: *Cómo!* siendo vos judío, me pedís de beber? Jesus la respondió: «Si conocieras al que te habla, tú misma le harías la petición, y el te lavaria con el agua de la vida.

No pudiendo comprender la muger el sentido de tales palabras, repuso: «Vos no teneis con qué sacar agua, y el pozo está profundo; ó sois acaso mayor que nuestro padre Jacob, que bebió él mismo de este pozo?»

Continuó Jesus: «Cualquiera, que de esta agua beba tendrá sed todavía; mas el que bebiese del agua que yo le dé no tendrá sed jamás: el agua que yo le daré se convertirá en una fuente que saltará hasta la vida eterna.»

Manifestó en seguida Jesus á la samaritana el secreto que esta tenia mas oculto en su corazon. Espantada al ver que un extranjero conocia sus pecados, la pareció hallarse ante el tribunal del Dios de la verdad. Penetrada de vergüenza y arrepentimiento, exclamó: «*Señor, veo que sois un profeta.*» Leyó Jesus en su corazon, y reconociendo en ella un sincero arrepentimiento, no la respondió mas. La muger, le dijo sin embargo: «Nuestros padres han adorado á Dios sobre esta montaña y vosotros los judíos decís que Je-

rusalen es el lugar donde debe ser adorado. Quién de nosotros tiene la razón?»

Jesús la respondió: Creedme, muger: vendrá tiempo en que no adoreis al Padre ni sobre esta montaña, ni en Jerusalen. Adorareis al que no conocéis; en cuanto á mí adoro al que conozco, porque la salud viene de los judíos: mas está ya muy próximo el tiempo, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en *espíritu y verdad*.

Conmovida la samaritana dijo: sé que debe venir el Mesías: luego, pues, que venga nos anunciará todas estas cosas. Jesús la dijo: Yo soy; el mismo que os habla.

Fuera de sí la samaritana, y dejando su cántaro, se volvió á la poblacion á dar parte de su alegría á todos los habitantes. Esta muger fué la primera que tuvo la dicha de oír de boca del mismo Jesús, que era el Mesías.

Al oír los habitantes de Sichar la narracion de la samaritana, corrieron á buscar al Señor, y le rogaron entrase en la poblacion. Dispuesto Jesús á acoger con bondad las pretensiones equitativas de los hombres, consintió pasar dos días con ellos: les reveló las verdades divinas, y muchos de entre ellos creyeron en el Señor.

Bienaventurados los que llenos de obediencia y amor, creen en Jesucristo sin haberle visto.

XVIII-PREDICA JESUS POR PRIMERA VEZ EN NAZARET.

Dió Jesus la vuelta á Nazaret, donde se habian pasado su infancia y juventud. Segun costumbre, entró en la Sinagoga el sábado. Cuando se hallaba reunida toda la gente, se levantó Jesus para anunciar que queria hacer la lectura de costumbre. Se le presentó al momento el libro, que debia leerse en aquel dia. Eran las profecias de Isaías. Habiéndole abierto encontró un pasage de la mas alta importancia, y leyó en voz alta las palabras siguientes:

«El Espíritu del Señor está sobre mí: por esto me ha consagrado por su uncion: él me ha enviado á predicar el Evangelio á los pobres, para curar á los que tienen el corazon destrozado, para anunciar á los cautivos su libertad, á los ciegos el recobro de su vista, para poner en libertad á las oprimidos, y para publicar el año favorable del Señor.»

Habiendo acabado Jesus de leer, cerró el libro, le entregó al ministro, y se sentó. Toda la gente de la Sinagoga tenia fijos en él los ojos. Entonces comenzó Jesucristo á hablar de este modo: «Hoy se han cumplido las palabras de la escritura que acabais de oir,» y lo demostró por un largo discurso.

Con admiracion religiosa escuchaban todas las palabras llenas de gracia que salian de su boca. Mas, pronto se despertó la envidia en sus almas, diciéndose unos á otros. «¿Cómo, él, que es tan pobre, quiere ser tan grande? Si puede algo que se ayude á sí y á los suyos.»

Penetró Jesus sus pensamientos y les manifestó por qué no podia hacer milagros entre ellos, diciendo: *Ningun profeta es bien recibido en su patria.* En tiempo de Elías, durante la grande hambre, habia muchas viudas necesitadas en Israel, y sin embargo Elías fué enviado á casa de una viuda de Sarepta. Del mismo modo en tiempo del profeta Eliséo habia muchos leprosos en Israel, y no obstante solo fué curado Naaman el Sirio.»

Todo el concurso, al oirle hablar de este modo, se encolerizó, impidiéndole continuar. Estalló un tumulto, agarraron á Jesus y le echaron de la poblacion, y llevándole despues á la cumbre de la montaña en que estaba fundada, quisieron precipitarle desde ella. Tocaba el Salvador el borde del abismo adonde iba á ser arrojado; pero volviéndose repentinamente pasó por medio de los amotinados con una calma y dignidad tan imponente, que todos quedaron inmóviles. Asi es como los perversos Nazareos rechazaron su salud.



XIX.-PESCA MARAVILLOSA.

Un dia que se hallaba Jesus á las orillas del lago de Genesaret, se encontró rodeado por la multitud, que se precipitaba para verle y escucharle. Habia dos barcas detenidas á la orilla de la ribera. Una de ellas pertenecia á Pedro y á su hermano Andrés. La otra á Juan y Santiago, tambien hermanos.

Acababan todos cuatro de bajar y se ocupaban en limpiar sus redes. Entró Jesus en la barca de Pedro, y le rogó amistosamente le alejase un poco de la ribera.

Obedeció Pedro con alegría, y sentándose Jesus dentro de la barca, les estuvo predicando. Despues que cesó de hablar, dijo á Pedro: «entra mas en el lago y estiende las redes para pescar.» Pedro le contestó: toda la noche hemos trabajado y nada hemos cogido: pero bajo vuestra palabra pondré las redes.

Pedro y su hermano se introdujeron mas en el lago, y pescaron tantos peces que las redes se rompian. Llamaron en su ayuda á los otros compañeros: llegaron estos y llenaron las dos barcas, tanto que se hundian. Atemorizado Pedro con este suceso, se arrojó á los pies de Jesus diciendo: «Retiraos, Señor, de mí, porque

soy un humilde pescador.» Jesus le replicó: *No temas, de hoy en adelante serás pescador de hombres.* Dirigiéndose en seguida á los otros que se hallaban igualmente sorprendidos: *Seguidme, les dijo, yo os haré pescadores de hombres.* Ellos abandonando sus barcas, redes y cuanto poseian, le siguieron para no dejarle jamás.

Pasó Jesus á Cafarnau, que era la patria de Pedro y Andrés: Santiago y Juan le siguieron. La madrastra de Pedro sufría una fiebre violenta y este habló á Jesus rogando la aliviase. Lo hizo el Señor con solo tocarla bondadosamente la mano, y la enferma pudo ya servir á Jesus y sus discípulos en la mesa.

Pronto se divulgó este suceso por la poblacion, y la misma tarde se le presentó un gran número de enfermos á la puerta de Pedro. Impuso el Salvador las manos sobre ellos y todos se vieron repentinamente curados de sus diversas dolencias.

Desde entonces siguió Jesus caminando por villas, aldeas y lugares, predicando y curando enfermos. El fondo de todos sus discursos, en los primeros dias, era: *Haced penitencia, porque se acerca el reino de los Cielos.* Todas sus palabras estaban llenas de fuerza y autoridad.



XX.-EL SERMON SOBRE LA MONTAÑA.

Viéndose Jesus un dia circundado de una multitud inmensa, subió á una montaña donde se sentó, y á su lado sus discípulos. La multitud, colocada en el declive, tenia los ojos fijos en él: reinaba un profundo silencio, y el Salvador, se dirigió al pueblo en estos términos:

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los Cielos.»

«Sereis felices, continuó, cuando por causa mia os carguen los hombres de maldiciones, os persigan y hablen mal, falsamente contra vosotros. Regocijaos entonces y saltad de alegría, porque una gran recompensa os está reservada en los cielos; porque asi fueron perseguidos los profetas que os precedieron.»

Esplicó en seguida Jesus los mandamientos y especialmente el de amor hácia todos los hombres, y continuó así:

«No penseis, dijo, que he venido á destruir la ley y los profetas; no he venido á destruirlos, sino á cumplirlos. Porque os digo en verdad, que hasta que el cielo y la tierra pasen, nada habrá en la ley que no se cumpla; hasta un solo rasgo de letra. Os digo, que si vuestra justicia no sobrepuja á la de los Escribas y Fariseos, no entrareis en el reino de los cielos.

»Habeis oido que se dijo á los antiguos: No matareis, y el que mate merecerá ser condenado por los jueces; pero yo os digo que cualquier

ra que se encolerice contra su prójimo, le diga injurias ó le trate con desprecio, es ya digno de condenacion.

»Si, pues, llevais vuestra ofrenda al altar y allí os acordais de que vuestro hermano tiene algun sentir contra vosotros, dejad vuestra ofrenda delante del altar y marchad á reconciliaros primeramente con vuestro hermano, y despues volved á hacer vuestra ofrenda.

»Reconciliaos cuanto antes con vuestro contrario, mientras que caminais con él, por temor de que no os entregue al juez; y este al alguacil y os ponga en prision. En verdad os digo, que no saldreis de allí hasta haber pagado el último maravedí.

»No resistais el mal que os quieran hacer, no os vengueis, no riñais; pero si alguno os hiere en la megilla derecha, presentadle tambien la izquierda. Si alguno quiere disputar con vosotros para tomar vuestra túnica, abandonadle tambien vuestra capa. Y si alguno quiere obligaros á andar mil pasos con él, andad dos mil.

»Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumbian; á fin de que seais los hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que hace salir el sol sobre los buenos y sobre los malos, y caer la lluvia sobre los justos y los injustos.

»Porque, si no amais sino á los que os aman,

¿cuál será vuestro mérito? Los publicanos ¿no hacen otro tanto? Y si no dais acogida mas que á vuestros hermanos, ¿qué haceis en esto mas que todos los hombres? no obran asi los paganos?

»Sed pues perfectos, asi como lo es vuestro Padre celestial.»

Esplicó Jesus otros mandamientos y enseñó positivamente que no basta evitar la impureza. Nos prohíbe severamente la mirada deshonestá, los deseos corrompidos del corazon, como la misma accion vergonzosa.

No es bastante que no robemos; Jesus ordena particularmente que deis al que os pide y no rehuséis al que quiere que le presteis algo.

No basta que ante la justicia no demos jamás un falso testimonio, ni que no prestemos un falso juramento; Jesus dice ademas sobre esto: «Que vuestra palabra sea *sí* ó *no*.» Cada una de vuestras palabras debe ser la misma verdad.

XXI.

Continúa el sermón sobre la montaña.

Lo que Jesus dijo despues sobre la oracion y otros ejercicios de piedad es tambien muy notable.

«Guardaos de hacer buenas obras delante de los hombres á fin de ser vistos; de otro mo-

do no tendreis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos.

»Cuando deis, pues, limosnas, que no sepa vuestra mano izquierda lo que hace la derecha, á fin de que vuestra limosna permanezca oculta, y vuestro Padre que os ve en secreto os recompensará públicamente.

»Cuando ayuneis, lavad vuestro rostro, no manifesteis un aspecto triste como los hipócritas, á fin de que no aparezca á los hombres que ayunais, sino á vuestro Padre, que os vé en secreto; y vuestro Padre os recompensará públicamente. Del mismo modo cuando oreis, entrad en vuestra habitacion y cerrad las puertas: Rogad á vuestro Padre que está en aquel lugar secreto, y él os atenderá públicamente.

»Mas cuando oreis, no useis varias repeticiones como los paganos; porque ellos creen que serán escuchados hablando mucho. No les imiteis, porque vuestro Padre sabe lo que necesitais antes de que hagais la peticion.

Asi es como debeis orar: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado, etc.

Si perdonais á los hombres sus ofensas, vuestro Padre celestial os perdonará tambien las vuestras; pero si no las perdonais, no sereis perdonados por vuestro Padre celestial.

Continuó Jesus su discurso, y para consejo y consuelo de todos los hombres dijo lo que sigue:
No reunais tesoros en la tierra; pero ateso-

rad para el cielo, donde el moho y las polillas no los comen, ni los ladrones pueden robarlos; porque en donde esté vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon; mas no podeis servir juntamente á Dios y al ídolo de las riquezas.

»Yo os digo: no esteis zozobrosos por vuestra vida, pensando con qué habeis de comer ó de beber, y discurriendo con qué os habeis de vestir. Los paganos son quienes buscan estas cosas y vuestro Padre celestial sabe lo que os hace falta. ¿No es la vida mas que el alimento, ni el cuerpo mas que el vestido?

»Mirad á los pájaros del cielo que no siembran, ni siegan, ni acumulan en sus graneros; y sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No sois vosotros mucho mas escelentes que ellos? Mirad á los lirios del campo; ellos no trabajan, ni hilan, y no obstante os digo: que Salomon mismo en toda su gloria jamás estuvo vestido como ellos. Si pues Dios viste asi la yerba de los campos, ¿no vestirá mucho mejor á vosotros, hombres de poca fé?

»Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas las demas cosas se os darán encima. No tengais miedo por el dia de mañana, porque el dia de mañana tendrá cuidado de lo que le concierne. A cada dia basta su sufrimiento.

»Pedid, y se os dará: buscad, y encontrareis: llamad, y se os abrirá.»

Añadió Jesus, ademas, estas palabras instructivas y animadoras: «Os medirán con la misma medida que mediéreis á los demas. ¿Por qué veis una paja en el ojo de vuestro hermano y no una viga en el vuestro? Haced á los demas hombres lo que querais que hagan con vosotros; porque esta es la ley y los profetas.

»Entrad por la puerta estrecha; porque la puerta de la perdicion es ancha y el camino que á ella conduce es espacioso, y hay muchos que entran en ella. La puerta de la vida es pequeña, el camino que á ella conduce es estrecho, y son pocos los que la encuentran.

»Guardaos de los falsos profetas, de los seductores que vienen á vosotros cubiertos de piel de oveja, pero que en su fondo son lobos rapaces; por sus frutos los conoceréis.»

Habiendo acabado Jesus este discurso, quedaron admirados cuantos le escuchaban su doctrina. Jamás habian oido enseñar de esta manera. Guardaba todo el pueblo un respetuoso silencio, y quedó sobrecogido de un religioso temor.

Tambien dirige á nosotros Jesucristo estas lecciones. Bienaventurados los que hacen de ellas la regla de su conducta! Pero no nos basta conocer su doctrina; es preciso ademas que nuestras acciones se conformen con ella: de esta conformidad de nuestras acciones con los preceptos del Evangelio depende nuestra salvacion.

XXII.--LA HIJA DE JAÍRO Y LA MUGER ENFERMA.

Se hallaba Jesus en la casa de Mateo, á quien acababa de admitir en el número de sus discípulos. Le habia encontrado sentado en el mostrador de las contribuciones, y reconociéndole por un hombre piadoso y sincero, le dijo: «Sígueme.»

Mientras Jesus estaba en conversacion con sus discípulos, uno de los gefes de la sinagoga llamado Jairo, se aproximó á él y arrojándose á sus pies le dijo con voz suplicante: «Mi hija va á morir, pero venid á imponerle vuestras manos y vivirá.»

Se levantó Jesus al instante, y le siguió con sus discípulos. En el camino se hallaba una muger que estaba padeciendo hacia doce años. Habia consultado un gran número de médicos, y aun gastado toda su fortuna con la esperanza de hacerse curar; pero su mal empeoraba de dia en dia. Se aproximó á Jesus por detrás, tocó únicamente la falda de su vestido y al instante se sintió libre de su mal.

Creia ella no haber sido notada de nadie, ¿pero cómo podia ocultarse nada á Jesus? ¿No era él quien penetrando sus intenciones habia venido á su socorro? Se volvió y preguntó al pueblo: ¿Quién ha tocado mis vestidos? Nadie le respondió. Pedro y sus demas discípulos le di-

ieron: «Maestro, veis como la multitud os aprietapor todos lados, y preguntais quién os ha tocado?» Pero Jesus repitió su pregunta: conocia la virtud saludable que habia emanado de su ser, y miraba por todos lados para descubrir á la que le habia tocado, y á quien ya de antemano conocia. Reconoció esta muger que nada podia quedar oculto al Señor, y sobrecogida de temor y espanto vino á ponerse á sus pies y le declaró toda la verdad. Jesus la miró con bondad y la dijo: «Ten valor, hija mia, tu fé te ha salvado, vuélvete en paz y serás curada de tu mal;» y esta muger entró en su casa llena de alegría y de salud.

Mientras Jesus estaba aun hablando, varios criados de Jairo pasando por medio de la multitud vinieron á decirle: «Vuestra hija ha muerto; por qué causar al Maestro la molestia de que ande mas? Al oír esta nueva el padre quedó como petrificado por su dolor. Pero Jesus le dijo: «No temas, cree y será salvada tu hija:» y encaminándose á la casa, solo permitió que entrase con él Pedro, Santiago y Juan, y el padre de la niña. La confusion y el desórden reinaba en el interior: todos lloraban y se desconsolaban por la difunta.

Segun uso de aquel tiempo los flautistas y plañidores habian ya comenzado sus cantos mortuorios. Amaba Jesus la calma y le desagradaba el tumulto y el ruido. «Por qué, les dijo,

haceis tanto estrépito, y por qué llorais? esa niña no ha muerto, solo está dormida.» Aquellas gentes groseras se burlaron de él, porque la habían visto morir. Mandó Jesus, que se retiráran, y cuando todo estuvo tranquilo entró en la habitacion donde se hallaba el cadáver, y llevó consigo á su padre y á sus tres discipulos. Aproximándose, percibió el cuerpo pálido y helado de aquella niña, que poco antes estaba bella como una rosa, y le contempló por algunos instantes.

Estaba el padre á su lado sumergido en un profundo dolor, mientras que la madre, rasados sus ojos en lágrimas, parecia espirar por el exceso mismo de su pena. Los dos, flutuando entre el temor y la esperanza, rodeaban al Señor fijando sobre él miradas suplicantes. Sus mismos discipulos, conmovidos por este triste espectáculo, llenos de una respetuosa espectacion, fijaban su vista, ya sobre el Maestro, ya sobre el cadáver. Tomó Jesus la mano de la niña y la dijo con voz dulce y afectuosa: «Levántate, hija mia:» al instante se levantó la niña y empezó á andar.

Mandó entonces Jesus que la trajesen alimento, y prohibió referir lo que acababa de pasar. Bien pronto, sin embargo, se esparció por todo el pais la noticia de esta accion milagrosa.

Adoremos al Dios Todopoderoso que puede volver los muertos á la vida.



XXIII.-CURA DEL PARALÍTICO.

Llegó de nuevo la fiesta de la Pascua, y Jesús se volvió á Jerusalem. No pensando sino en aliviar á los desgraciados, era una necesidad para su corazon amante, ir á buscarlos él mismo.

Fuera de las puertas de Jerusalem se hallaba una fuente saludable, cuyas aguas se reunian en un estanque. A temporadas se ponía esta agua en movimiento; porque bajaba el ángel del Señor al estanque y agitaba las aguas. Aquel que entraba el primero desde que el agua habia borboteado, quedaba sano al instante, cualquiera que fuese su enfermedad. Estaba circundado este estanque de un gran edificio que se llama-

ba *Bethsaida* ó la casa de misericordia. En este edificio se encontraban un gran número de ciegos, de paralíticos, de cojos y aun de otras clases de enfermos, que esperaban todos con impaciencia que el agua fuese removida.

Pero habia allí un hombre paralítico hacia treinta y ocho años. Jesus le vió, y sabiendo que estaba enfermo despues de tanto tiempo, le dijo con bondad: «¿Quieres ser curado?» Señor, respondió el enfermo, no tengo persona que me meta en el estanque cuando el agua esté movida, y mientras yo hago esfuerzo por meterme baja otro antes que yo. Jesus le dijo: «Levántate, coge tu cama y marcha:» y en el mismo instante el hombre curado, se levantó, tomó su lecho, y se fué penetrado de alegría y de reconocimiento. Viendo Jesus que el pueblo se iba apiñando á su alrededor, se alejó rápidamente antes que el hombre, á quien habia acabado de curar, hubiese podido preguntar el nombre de su bienhechor.

Era un dia de sábado. Los judíos que le veian atravesar la ciudad con su cama gritaban: «Hoy es sábado, y está prohibido aun el conducir tu lecho.» Y él les respondió: «Quien me ha curado me ha dicho: *toma tu cama y marcha.*» Ellos le repusieron: «Quién es el que te ha curado?» Pero el paralítico no pudo decirles su nombre. Poco despues le encontró Jesus en el templo, y le dijo: «Ya ves que estás curado, no

peques, pues, en adelante, temiendo no te acontezca alguna cosa peor.»

Este enfermo, semejante en esto á muchos de los que se encontraban en Bethsaida, se habia adquirido sus padecimientos por los pecados que habia cometido en su juventud; durante treinta y ocho largos años le fué preciso espiar algunos momentos pasados en vergonzosos é insensatos placeres.

¡Aborreced siempre el vicio, caros niños, para que no os atraigais semejante desgracia!

Supo el paralítico curado que era Jesus á quien debia su curacion, y fué á buscar á los judíos para noticiárselo. Pero esta nueva no hizo sino aumentar el odio que ellos tenian al Salvador, y maquinaron, por lo mismo, medios para hacerle morir, porque habia curado en sábado á un enfermo. Jesus, que conocia sus malas intenciones, les dijo estas palabras tan notables: «Mi padre no cesa de trabajar por la salud de los hombres, y yo trabajo tambien.»

Esta es la verdadera celebracion del sábado: por la beneficencia y no por la ociosidad, es como se santifica dignamente el dia del Señor.





XXIV.-ELECCION Y MISION DE LOS doce Apóstoles.

Cuando estuvo Jesus de vuelta de Galilea, una multitud innumerable de gentes se agrupó de nuevo á su alrededor. No solo los habitantes de la Judea, sino tambien los de los paises lejanos, de Tiro, de Sidon, venian desde las orillas del Occéano para escucharle. Diariamente se aumentaba mas y mas esta multitud. Estaba constantemente rodeado de ciegos, de sordos, de paralíticos, de mudos y de toda especie de enfermos. Todos se esforzaban por aproximarse á él para que los curase; y él los curaba á todos, aunque había entre ellos un gran número de hombres débiles y pecadores.

La compasion mas viva se apoderó de Jesus al ver á todas aquellas gentes que le rodeaban, y que estaban ávidas de escuchar sus exhortaciones. Se hallaban abrumados todos de males, y dispersos como ovejas que no tienen pastor; y su miseria conmovió el corazon compasivo del Mesías. Entonces dijo este á sus discípulos: «La cosecha es grande; pero hay pocos obreros; rogad pues al dueño de la mies, que envíe obreros para la siega.» Resolvió en seguida Jesus tomar una nueva disposicion para el bien del pueblo,

y despues de haber terminado la tarea penosa de su jornada, subió á una montaña, y pasó allí la noche entera en meditacion delante de Dios. La oracion era el recreo de su alma.

Al salir la aurora, eligió doce discípulos de entre los muchos que le escuchaban, y los hizo venir á su lado: hé aquí sus nombres, *Simon*, por sobrenombre *Pedro*, y su hermano *Andrés*, *Santiago y Juan*, su hermano, *Felipe y Bartolomé*, *Tomás y Mateo*, *Santiago el jóven*, *Judas Tadeo*, *Simon el Cananeo* y *Judas Iscariote*.

Los envió Jesus en seguida de dos en dos, dándoles el poder de predicar públicamente, y de curar las enfermedades. Los llamó sus apóstoles, es decir, sus enviados; y les dijo: «Por ahora no vayais á parar entre los paganos, ni á las villas, ni á las ciudades samaritanas: dirigíos, al principio, á las ovejas perdidas de la casa de Israel. Donde quiera que fuéreis, predicad el arrepentimiento, diciendo que el reino de los cielos está próximo. Volved la salud á los enfermos, resucitad á los muertos: curad á los leprosos: arrojad los demonios: dad gratuitamente lo que gratuitamente se os ha dado.



XXV.-EXHORTACION DE JESUS Á SUS discípulos.

No lleveis con vosotros, continuó Jesus, mas que un baston de viage, porque el que trabaja merece que se le alimente. Cuando entreis en una casa decid: «La paz sea en esta morada.» Si la casa es digna, vuestra paz vendrá sobre ella; si no lo es, vuestra bendicion tornará sobre vosotros.»

«Y en todas partes en donde no se os reciba, ó donde no se escuchen vuestras palabras, al salir de tal casa, ó de tal ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. Porque en verdad os digo, Sodoma y Gomorra serán tratadas en el dia del juicio con menos rigor que esta ciudad.»

«Os envio como ovejas en medio de los lobos: sed, pues, prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas; pero guardaos de los hombres, porque muchos de ellos os aborrecerán por mi causa. El discípulo no es mas que su maestro, ni el esclavo mas que su señor. Si aquellos han maldecido al padre de familia, cómo tratarán á sus servidores?»

«No temais á los que matan el cuerpo y que no pueden hacer morir el alma; pero sí temed al que puede perder el alma y el cuerpo en el infierno. Dos gorriones no valen un óvolo, y sin

embargo no cae ninguno sobre la tierra sin la voluntad de mi Padre. Nada temais, pues; valeis mucho mas que un gran número de pájaros. Los cabellos mismos de vuestra cabeza están todos contados.»

«Cualquiera que me reconociere delante de los hombres, yo le reconoceré tambien delante de mi Padre; y cualquiera que me niegue delante de los hombres, que se avergüence de mí y de mi doctrina, le negaré yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos; y no le reconoceré por uno de los míos.

«El que ama á su padre y á su madre mas que á mí, no es digno de mí. El que ame á su hijo ó á su hija mas que á mí, no es digno de mí. El que no tome su cruz y me siga, no es digno de mí.»

«El que os reciba, me recibe; y el que me recibe, recibe al que me ha enviado; y cualquiera que diere solamente un vaso de agua á cualquiera de sus hermanos, en verdad os digo, que no perderá su recompensa.»

Despues que Jesus les hubo dirigido estas exhortaciones, se fueron sus discípulos de dos en dos á predicar por las ciudades y aldeas, escitando á los hombres á hacer penitencia, anunciándoles el reino de los cielos, y curándoles las enfermedades. Dejó Jesus la Galilea, y por todas partes donde iba, continuó su predicacion, deramando á manos llenas los bienes celestiales.

 XXVI. — DOCTRINAS DE JESUS EN PARABOLAS.

Hallándose de nuevo Jesus á los bordes del lago de Genesaret, subió sobre una barca, y mientras que el pueblo le escuchaba de encima de la ribera, predicó su doctrina santa bajo la forma de parábolas.

«Un sembrador, dijo, fué á sembrar su grano. Estando sembrando, parte de la simiente cayó á lo largo del camino, donde fué pisada, y los pájaros del cielo la comieron. Otra parte cayó en lugares pedregosos donde apenas tenia tierra y nació muy pronto, porque no entró profundamente en el suelo; mas habiendo brillado el sol, en seguida fué abrasada, y como no tenia raíces profundas se secó. Otra parte cayó entre espinos, y creciendo estos la sofocaron. Otra parte, en fin, cayó en una buena tierra y dió fruto; un grano produjo ciento, otro sesenta, otro treinta.»

Esplicó el mismo Jesus el sentido de esta parábola: «La simiente, dijo, es la *palabra de Dios*. Aquellos, para quienes esta simiente cae á lo largo del camino, son los que escuchan esta palabra, pero que no la comprenden. Viene en seguida el enemigo de los hombres; roba lo que se habia sembrado en su corazon, para impedirlos crecer y llegar á la salud. La semilla que cae sobre las piedras, comprende á todos aquellos que escuchan la palabra divina, y que

la reciben con alegría; pero que no echa raíces en su corazón. Estos no tienen perseverancia: creen solamente por algún tiempo; y cuando las penalidades vienen á herirlos, ó cuando se levanta una persecucion contra la doctrina santa, se dejan arrastrar, y en tiempo de la tentacion se retiran. La simiente que cae entre los espinos, recuerda á aquellos, que marchando, la dejan sofocar por los cuidados y las inquietudes terrestres, por los deseos engañosos de la riqueza y la ambicion, por los placeres mundanos, que germinan en su corazón y que hacen infructuosa la semilla divina. Pero aquellos que reciben la simiente en una buena tierra, son los que *escuchan* la palabra de Dios, que la *comprenden*, que la *reciben* en un corazón puro, que la *retienen* y la *conservan*, que *producen* frutos con perseverancia, y que dan ciento, ó sesenta ó treinta por una.»

XXVII.—PARABOLA DEL REINO DE LOS CIELOS.

En otra parábola trazó Jesus la historia entera del reino de Dios sobre la tierra. «El reino de los cielos, dijo, es semejante á un hombre que habia sembrado buen grano en su campo. Pero mientras dormian sus criados, vino su enemigo á sembrar zizaña en medio del trigo y se marchó. Despues que hubo brotado la simiente, y que las cañas echaron sus espigas, comenzó tambien á aparecer la cizaña. Los criados del

padre de familia vinieron á decirle: «Señor, ¿no habeis sembrado buen grano en vuestro campo? ¿cuál es la causa, pues, de que haya en él zizaña?» El padre de familia respondió: «Algún enemigo ha hecho esto.» — «¿Quieres, dijeron los criados, que vayamos á arrancarla?» «No, repuso, porque temo que al arrancar la zizaña, arranqueis tambien el grano bueno. Dejad crecer á los dos juntamente hasta la siega, y en el tiempo de la siega yo diré á los segadores: Coged primeramente la zizaña, liadla en haces para quemarla; pero reunid el grano en mi granero.»

Tambien, el mismo Jesús, esplicó el sentido de esta parábola. «El que siembra buen grano, dijo, *es el hijo del hombre. El campo es el mundo: el buen grano, son los hijos del reino de los cielos. La zizaña son los hijos de iniquidad. El enemigo que ha sembrado es el diablo. Los segadores son los ángeles. El tiempo de la siega es el fin del mundo.* Asi como en el tiempo de la siega se separa la zizaña del buen grano y se la arroja al fuego, del mismo modo, al fin del mundo, los malos serán separados de los buenos y precipitados á los ardientes abismos, donde sufrirán suplicios eternos. El hijo del hombre enviará á sus ángeles, quienes alejarán de su reino á todos aquellos que han sido ocasiones de caidas y de escándalos. Y aquellos que hubieren cometido la iniquidad serán precipitados al horno ardiente. Allí es donde habrá llantos y crugidos de dien-

los. Entonces los justos brillarán, como el sol, en el reino de su Padre.»

Oh! ¡qué espantable es la suerte de los malos en la otra vida! Para siempre serán separados de la dulce sociedad de los buenos, privados de la presencia de su Padre celestial, y eternamente presa de un fuego devorador que los atormentará sin consumirse jamás. Sufrir, llorar, gemir: hé aquí su herencia por toda una eternidad. ¡Oh Dios mio! ¿querreis, niños, experimentar estos destinos? Esforzaos, en observar fielmente los mandamientos de un Dios, siempre dispuesto á concederos las gracias que necesitais para cumplirlos y que no os impone deberes, sino para haceros eternamente felices.

XXVIII.—OTRAS PARABOLAS DE JESUS.

«El reino de los cielos, prosiguió Jesus, es semejante á un grano de mostaza, que cualquiera toma y siembra en su campo. Este grano es la mas pequeña de todas las simientes; pero cuando se le siembra, germina, crece, se eleva y llega á hacerse un árbol tan grande, que las aves del cielo vienen á reposar sobre sus ramas.»

Esta parábola, hijos míos, es una imagen de la iglesia natural de Jesucristo, que, débil y pequeña en sus principios, se ha estendido poco á poco sobre toda la superficie del globo, y ha recibido sucesivamente en su seno todas las naciones de la tierra.

«El reino de los cielos, dijo además Jesus, es semejante á la levadura, que toma una muger y la mezcla con tres medidas de harina hasta que toda la masa se levanta.»

Todo nuestro ser debe penetrarse del espíritu divino de Jesus, de modo que todas nuestras acciones y todas nuestras palabras lleven en sí mismas algo de celestial.

«El reino de los cielos, prosiguió Jesus, es semejante á un tesoro escondido en un campo, y á una perla que compra un hombre á costa de su fortuna entera.»

Nada nos sea, niños míos, mas precioso que nuestra santificación y salvación.

«Cada árbol se conoce por su propio fruto. Todo árbol que produzca malos frutos, será cortado y arrojado al fuego.»

Las palabras piadosas y las buenas resoluciones, son nada en sí mismas, si no están acompañadas de buenas obras, ni tienen mas valor que un árbol que, aunque adornado de flores y de hojas, jamás produce fruto.

«¿Quién es aquel de entre vosotros, que teniendo cien ovejas, y habiendo perdido una, no deja las otras noventa y nueve en el desierto para ir á buscar la que perdió hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la pone sobre sus espaldas con alegría, y de vuelta á su casa, llama á sus amigos y vecinos, y les dice: Regocijaos conmigo, porque he hallado mi oveja perdida.»

Así es como Jesus va en busca de los pecadores, y así es como los ángeles de Dios se regocijan cuando un hombre vuelve á entrar en la senda del bien.

«¿Cuál es de entre vosotros el padre que dá á su hijo una piedra cuando le pide pan, ó una serpiente en lugar de un pescado, ó un escorpión cuando le pide un huevo? Si, pues vosotros, malos como sois, sabéis dar buenas cosas á vuestros hijos, ¿con cuánta mas razón vuestro Padre, que está en los cielos, no dará el Espíritu Santo á los que se le pidan?»



XXIX.—ARREPENTIMIENTO DE LA MAGDALENA.

Un fariseo llamado Simon, rogó á Jesus que comiese en su casa; Jesus fué á ella y se puso en la mesa. Vivía en la misma ciudad una muger de muy mala reputacion; sin embargo, desde que ella habia llegado á conocer á Jesus, cambió enteramente: fué penetrado su corazon de amor y de respeto hácia él, y lloraba amargamente sus estravíos pasados. Apenas supo que Jesus se hallaba en la casa del fariseo Simon se apresuró á ir á ella.

Entró en la sala donde se comia; pero no osando aparecer á los ojos de Jesus, se aproximó por detrás y cayó á sus pies, sin poder pronunciar una sola palabra, vertiendo torrentes de lágrimas. Apercibiendo que sus lágrimas

corrían sobre los pies del Señor, los enjugó con los bucles de sus cabellos y los besó. Tenia, además, un perfume preciosísimo en un vaso de alabastro y le derramó sobre los pies del Salvador.

El dueño de la casa la miraba en silencio, diciéndose á sí mismo: «Si este hombre fuese profeta sabria, que la que le toca es una muger llena de pecados;» y en el fondo de su corazón vituperaba al Señor. Penetró Jesus los pensamientos que le ocupaban y empezó á hablar en estos términos: «Simon, tengo algo que decirte:» este respondió: «Hablad, maestro.» Jesus dijo entonces: «Un acreedor tenia dos deudores; el uno le debia 500 dineros y el otro 50, y como no tenían con qué pagarle, perdonó á los dos toda su deuda. Decidme pues: ¿cuál de los dos le amará mas? Simon respondió: «creo que aquel á quien mas perdonó:» Jesus le dijo entonces: «Habeis juzgado muy bien.»

No comprendia Simon todavía el sentido de la parábola de Jesus, y este, tornándose á la muger, volvió á hablar: «¿Veis esa muger? dijo á Simon; yo he entrado en tu casa y no me has dado agua para lavarme los pies; ella los ha regado con sus lágrimas. Tú no me has saludado con un ósculo; ella, desde que entró no ha cesado de besarme los pies. Tú no has derramado aceite sobre mi cabeza; ella ha derra-

mado sobre mis pies un perfume precioso: h e aquí por qué yo os declaro que muchos pecados le serán perdonados, porque ha amado mucho; mientras que aquel á quien se perdona menos, ama menos:» En seguida dijo Jesus  a Magdalena: «Tus pecados te son perdonados, vete en paz.»

Así es, tiernos niños, como Jesus perdona con una bondad toda divina.  Qu ien no interesar a su corazón para amar á quien nos ama con tan grande amor?

XXX.-SENTENCIAS NOTABLES PRO-

nunciadas en diversas ocasiones por Jesus.

Se acercó un día un doctor de la ley á Jesus, y le preguntó: «Maestro:  cu al es el mas grande y el primer mandamiento de la ley?» Jesus le respondió: «*Amarás al Señor tu Dio con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu pensamiento y con toda tu fuerza; y h e aquí el segundo que le es parecido: amar as á tu próximo como  a tí mismo.* No hay otros mandamientos mas grandes que estos. Encierran en sí toda la ley y los profetas.

Cercado un día el Salvador de un gran número de hombres, que habia encontrado en un miserable estado y consolado, les dijo las siguientes espresiones de un valor inapreciable para nosotros: «Mi padre ha puesto todas las

cosas en mi mano; venid á mí todos los que estais afligidos y abrumados, yo os aliviare; tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazon, porque mi yugo es suave y mi carga es leve.»

Llegó un dia un hombre á encontrar á Jesus y le dijo: «Señor, yo os seguire; pero permitidme me despida antes de los que están en mi casa.» Apercibió Jesus que su resolucion no era bastante firme, y que su familia le detendria; le respondió en consecuencia: «Aquel que pone la mano en su arado y mira atrás, no es á propósito para el reino de Dios.»

Hallándose otro dia el Salvador en camino con sus discipulos, se aproximó á él un Escriba y le dijo: «Yo os seguire, Señor, por todas partes donde fuéreis,» porque creia que iba Jesus á fundar un reino terrestre, y hacer de él un hombre poderoso. Leyendo Jesus en su corazon, le respondió así: «Los zorros tienen sus guaridas, y los pájaros del cielo sus nidos; pero el hijo del hombre no tiene donde reposar su cabeza.»

Sentado un dia Jesus en el templo enfrente del cepillo miraba á los que ponian en él sus ofrendas. Vió un gran número de ricos que arrojaban mucho dinero; despues vió á una pobre viuda que puso dos monedas de pequeño valor. Llamando entonces á sus discipulos les dijo: «Os declaro en verdad, que esta pobre viuda ha dado mas que todos los otros; porque aquellos todos

no han ofrecido mas que su supérfluo, mientras que esta ha dado cuanto poseía.»

Jesus juzga las acciones de los hombres segun la intencion con que son hechas; estima mas una ligera limosna, ó un pequeño sacrificio hecho con un corazon puro, y con la intencion de agradar á él solo, que grandes limosnas y la práctica de las virtudes mas austeras, cuando emanan de un corazon manchado por el vicio, ó son inspiradas por el deseo de que los hombres nos aplaudan. En nuestras acciones, aun las mas indiferentes, niños míos, jamás perdamos de vista esta buena intencion, y digamos á nosotros mismos: «Todo por Dios.»

Hizo uno á Jesus esta pregunta: «Señor, serán pocas las personas que se salvarán?» Dirigiéndose entonces Jesus al que le hablaba y á todos los que le rodeaban, dijo: «Esforzaos para entrar por la puerta estrecha; porque yo os aseguro que muchos intentarán entrar por ella y no podrán.»

Aproximándose Pedro un dia á Jesus, le dijo: «Señor, ¿cuántas veces perdonaré yo á mi hermano cuando me haya ofendido? le perdonaré siete?» Creia haber dicho mucho con esto; pero Jesus le repuso: te digo que no solo basta siete, sino hasta setenta y siete.»

Jamás conservemos resentimiento contra nuestros prójimos: perdonémosles generosamente y de buen corazon todas las ofensas que nos hayan hecho; Dios nos da en esto un precepto formal é indispensable; y nada detesta mas que las almas rencorosas y vengativas.



XXXI.-MUERTE DE JUAN BAUTISTA.

Herodes hijo de aquel que habia hecho degollar á los niños inocentes en Belen, reinaba en Galilea. Oyendo elogiar á Juan Bautista como un hombre extraordinario, le hizo venir á su córte; se presentó Juan, y le dirigió reprensiones severas sobre todas las faltas que habia cometido, y principalmente sobre el pecado de que se habia hecho culpable, casándose con la muger de su hermano, aun viviendo este. Respetaba Herodes á S. Juan, le escuchaba con gusto haciendo muchas cosas segun su consejo; pero en esta circunstancia cerró el oido á sus exhortaciones. Desde aquel momento su muger Herodias concibió un profundo ódio contra este santo hombre, y resolvió vengarse. Supo decidir á su esposo á que prendiese á Juan y le pusiese en un calabozo.

Celebró Herodes el dia de su nacimiento, y dió un festin á todos los señores de su córte. Durante la comida entró la hija de Herodias y bailó de tal modo, que encantó á cuantos se hallaban presentes. Herodes mismo estaba entusiasmado de placer. Luego que cesó el baile llamó á su hija y la dijo: «Pídemme cuanto quieras y te lo daré, aunque sea la mitad de mi reino;» y con-

firmó su promesa con un juramento. Salió la jóven para buscar á su madre, y la dijo: «¿Qué pediré yo?» La cabeza de Juan Bautista, respondió Herodias su madre. Apresuróse la jóven y volvió á decir á su padre: «Os ruego que me deis al instante en una fuente la cabeza de Juan Bautista.»

Horrorosamente se estremeció Herodes, y quedó profundamente afligido. Sin embargo, por el juramento que habia hecho, y por los que estaban en la mesa con él, no se atrevió á negar la peticion. Envió uno de sus guardias con la órden de traer la cabeza de Juan; se trasladó el guardia á la prision, decapitó al profeta y llevó en una fuente á la jóven aquella sangrienta cabeza. La jóven la remitió al momento á su madre.

No creais, niños mios, que Herodes estuvo obligado á cumplir su juramento insensato. Al hacerle habia cometido un gran pecado; pero al cumplirle, se hizo culpable de un horrible crimen. Sacrificó la cabeza del justo al ódio atroz de una muger, que queria vengar en su sangre las repreciones que la habia hecho sobre su mala conducta. Asi la muerte de San Juan Bautista no fué mas que un espantoso amalgama de crímenes y de sacrilegios. Pero al morir asi, obtuvo la gloriosa palma del martirio el Santo Precursor de Jesus; y nos enseñó con su ejemplo á morir antes que sacrificar los sagrados intereses de la verdad y de la religion.





XXXII.—JESUS EL DIVINO AMIGO DE LOS NIÑOS.

Segun su costumbre, habia Jesus pasado el dia entero, rodeado de una multitud de pueblo, predicando el Evangelio y curando enfermedades. Vino la tarde: poco á poco se fueron alejando las gentes, y Jesus tambien se preparaba á partir. En aquel instante vió aproximarse muchas madres, que penetradas de confianza y amor hácia él, conducian sus niños á fin de que les impusiese las manos y les diese su bendicion. Cuando los discipulos las vieron aproximar, bruscamente las rechazaron. Veian estos á su Maestro fatigadisimo, y no querian sufrir que se detuviera mas tiempo. Jesus, empero, que amaba mucho á los niños, les reprendió semejante

conducta; despues, con una bondad celestial, atrajo los niños hácia él, y dijo á sus discípulos: «*Dejad á los párvulos venir á mí; porque el reino de los Cielos es de aquellos, que se les parecen;*» y habiendo abrazado á los niños les bendijo imponiéndoles las manos.

Despues, volviéndose á las demas personas que le rodeaban, les dijo, así como á sus discípulos, con un tono enérgico: «Cualquiera que reciba á uno de estos pequenuelos en mi nombre me recibe á mí; pero cualquiera que escandalice á alguno de estos, que creen en mí, mas le valdria que se le pusiese una piedra de molino al cuello, y que se le arrojase al fondo de la mar. ¡Desgraciado del hombre por quien viniere el escándalo! Si vuestra mano ó pie son para vosotros causa de pecado, cortadlos y arrojadlos lejos de vosotros, porque os vale mas entrar en la vida sin un pie ó sin una mano, que tener dos y ser arrojados al fuego eterno. Guardaos, pues, de despreciar á ninguno de estos niños. Yo os delaro que los ángeles en el cielo ven sin cesar la casa de mi Padre celestial.»

Niños mios, ¡qué vivo é interesante es el afecto que muestra Jesus á todos los de vuestra edad? Vosotros sois el objeto particular de su terneza y de su amor, y á quienes se complace en dar testimonios los mas interesantes de su bondad. Solo ama á sus discípulos en tanto que por su sencillez, su candor y su inocencia, se muestran semejantes á vosotros. Conservad, pues, cuidadosamente estas preciosas virtudes, que son vuestros títulos los mas

seguros para conservar el amor de vuestro Dios; guardaos de perder jamás el precioso depósito de vuestra inocencia. Amad sinceramente á Jesus, que os ha amado tanto, y preferid morir mil veces antes que ofenderle y serle infieles.

XXXIII.-TRANSFIGURACION DE JESUS.

Tomó un dia Jesus consigo á los tres discípulos que mas amaba, Pedro, Santiago y Juan y los llevó á solas á una alta montaña. Habiendo arribado á la cima se puso á orar, y de repente hubo un cambio en todo su exterior. Brillaba su rostro como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la nieve y llenos de resplandor. Al mismo tiempo aparecieron dos hombres circundados de una claridad celestial; eran Moisés y Elías. Se ostentaban llenos de magestad y gloria y empezaron á conversar familiarmente con Jesus. Los tres discípulos penetrados de un santo respeto, contemplaban aquella aparicion milagrosa y Pedro exclamó en el transporte de su arrobamiento: «Maestro, bueno es que estemos aquí: hagamos, si quereis, tres tiendas, una para vos, otra para Moisés, y otra para Elías.» Apenas sabia lo que se decia, tan fuera de sí estaba.

Hablaba aun Pedro cuando una nube resplandeciente los cubrió, saliendo de ella una voz que hizo escuchar estas palabras: «*Hé aqui mi*

hijo querido, en el que yo tengo todas mis complacencias: escuchadle:» Sus discípulos, apoderados de espanto, se prosternaron atónitos ocultando su rostro en la tierra.

Pero Jesus aproximándose les tocó y les dijo: «Levantaos, no temais:» Entonces, elevando ellos sus ojos, vieron á Jesus solo y bajo su aspecto ordinario.

Mientras que bajaban de la montaña les habló Jesus en estos términos: «A nadie habéis lo que habeis visto hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. Los discípulos no comprendieron lo que significaban estas palabras, *«resucitar de entre los muertos,»* y se preguntaban mutuamente, qué habia querido decir el Señor. Desde este momento les habló Jesus siempre con mas claridad; escuchad bien estas palabras, les dijo: «El Hijo del hombre será entregado á manos de los judíos, y estos le harán morir, pero al cabo de tres dias resucitará.» Sin embargo todos estos discursos no hacian impresion en sus almas, porque no podian percibir todavía su sentido.

Sobre la montaña de que hemos hablado, hijos míos, se hizo ver Jesus con el esplendor de la gloria que le pertenece como Hijo de Dios. Sigamos, pues, su huella sobre la tierra, á fin de que nos sea dado verle en el Cielo, con el resplandor mismo que sus tres discípulos en el monte Tabor.



XXXIV.-EL HIJO PRÓDIGO.

Gustaba á Jesus enseñar por medio de parábolas. Una de las mas bellas y mas interesantes de que se sirvió es sin contradiccion la siguiente, dirigida á los Fariseos, que murmuraban porque acogia á los pecadores y comia con ellos:

«Un hombre, dijo Jesus, tenia dos hijos: el mas jóven vino á decirle: «Padre mio, dadme la parte de hacienda que debo heredar.» El padre se la entregó, y pocos dias despues partió el jóven con ella á un pais muy lejano, donde en poco tiempo disipó toda su fortuna en mil escesos y en la disolucion. Reducido á la miseria, tuvo que ponerse á servir á uno de los habitantes del pais, quien le envió á sus posesiones para que guardase los puercos. Allí hubiera sido feliz en poderse saciar con las cáscaras del alimento que se daba á los animales; pero nadie se las daba; en fin, entrando en sí mismo se dijo: «¡Cuántos criados hay en la casa de mi padre que tienen pan en abundancia, y yo que soy su hijo muero de hambre: iré á mi padre y le diré: «Padre mio, yo he pecado contra el cielo y contra vos, y no soy digno de ser llamado vuestro hijo; tratadme como á uno de vuestros criados.» Partió, pues, y vino á encontrar á su padre. Este le percibió de lejos, y movido á compasion, corrió hácia él,

se arrojó á su cuello y le besó: su hijo comenzó así: «Yo he pecado contra el cielo y contra vos, no soy digno de ser llamado vuestro hijo;» pero su padre le interrumpió y dijo á sus criados: «Traedme prontamente la mejor ropa y vestidlo: ponedle un anillo en el dedo y zapatos en los pies: traed tambien el ternero mas gordo y matadle: vamos á celebrar su vuelta con un festin; porque mi hijo, que estaba muerto ha resucitado.»

¡Qué bondad paternal! así es como Dios se muestra hácia los pecadores verdaderamente arrepentidos. Entretanto el hijo mayor se encontraba en el campo cuando llegó su hermano. A su vuelta, al aproximarse á la casa, oyó los sonidos de la música y de los cánticos. Llamó á uno de sus criados y le preguntó la causa de sus regocijos. Este le respondió: «Vuestro hermano ha vuelto, y vuestro padre ha muerto el mas grueso ternero porque ha vuelto á ver á su hijo con salud.» El hermano mayor se incomodó entonces y rehusaba entrar: salió su padre y le rogó con bondad entrase á tomar parte en la alegría general; pero el hijo respondió á su padre: «Hace tantos años que yo os sirvo, jamás he traspasado vuestro mandato: y con todo esto, jamás me habeis dado un cabrito para convidar á mis amigos: y mi hermano, que ha malgastado su hacienda en la disolucion, ha vuelto y habeis matado por él el becerro mas gordo.» Entonces le

dijo el padre: «Hijo mio, tú estás siempre conmigo, y cuanto tengo es tuyo. Pero ¿no era justo celebrar un festin y regocijarnos porque tu hermano, que estaba muerto ha vuelto á la vida? Le habíamos perdido y le hemos encontrado.»

Jamás seais, niños amados, duros y egoistas para con vuestro prójimo, como el hermano de que habla esta parábola: sed mas bien, dulces y misericordiosos, como el padre que le acogió, ó por mejor decir, como nuestro Padre celestial.

XXXV.—MISERICORDIA E INSENSIBILIDAD.

Jesus contó un dia lo que sigue: «Un hombre, que viajaba desde Jerusalem á Jericó, cayó en manos de ladrones, quienes le despojaron, le cubrieron de heridas, y se fueron dejándole casi muerto. Un sacerdote, que seguia el mismo camino, le vió y pasó adelante. Un levita que pasó tambien por aquel punto, habiéndole mirado atentamente, siguió su camino sin decir nada. Pero un samaritano, que viajaba por el mismo camino, se movió á compasion al verle, se aproximó á él, vertió aceite y vino sobre sus heridas y las vendó. En seguida, habiéndole puesto sobre su caballería, le condujo á una choza y allí le cuidó. Al siguiente dia, viéndose precisado á continuar su viaje, sacó de su bolsa dos dineros y dijo al huésped dándoselos: Cuidad bien á este hombre, y todo lo demas que gasteis, os lo retribuiré á mi vuelta.»

Tal es el verdadero amor del prójimo: asiste al que está en necesidad, aunque veas en él á un hombre entregado al error. «Haced lo mismo.»

Otro día, dijo el Señor, hablando del reino de los cielos: «Un rey quiso pedir cuentas á sus servidores. Uno de ellos, que se presentó, debía diez mil talentos. No podia pagarlos, y arrojándose á los pies de su amo le suplicó en estos términos: «Señor, tened paciencia conmigo.» Movido el rey por sus ruegos le perdonó toda la deuda.

Peró apenas habia salido este servidor, cuando encontró á uno de sus compañeros, que le debía cien dineros, y agarrándole de la garganta le dijo: «Pagadme lo que me debeis.» Se arrojó á sus plantas el compañero, rogándole tuviese paciencia, pero no quiso escucharle, y le hizo poner en prision hasta que solventase su deuda.

Habiendo sabido esto su señor, le hizo venir y le dijo: «Criado perverso, yo te he perdonado toda tu deuda porque me lo suplicaste: ¿no debias tú haberte compadecido de tu compañero como yo de tí?» Y al momento mandó aprisionar á aquel hombre duro, á fin de que estuviese así hasta que pagase su deuda.

Asi es, añadió Jesus, como os tratará el Padre celestial, si cada uno de vosotros no perdona al hermano de todo corazon.

XXXVI.-EL RICO Y EL POBRE.

Habia un hombre rico, que estaba vestido de púrpura, y que diariamente daba espléndidos banquetes. Habia tambien un pobre, llamado Lázaro, echado á la puerta del rico, todo cubier-

to de úlceras. Hubiera querido el pobre saciarse con las migajas que caian de la mesa del rico: pero nadie se las daba, y solo venian los perros á lamer sus llagas. Sucedió que el pobre murió, y fué llevado por los ángeles al seno de Abrahan. Tambien murió el rico, y fué precipitado á los infiernos. Hallándose este en sus tormentos, levantó los ojos y vió de lejos á Abrahan y á Lázaro en su seno. Entonces exclamó: «Padre Abrahan, tened piedad de mí, y enviadme á Lázaro á fin de que moje la punta de su dedo en el agua, para refrescarme la lengua, porque yo sufro horribles tormentos entre las llamas.» Pero Abrahan le respondió: «Hijo mio, acuérdate que has tenido bienes durante toda tu vida, y Lázaro no esperiméntó sino males. Por eso al presente está consolado, mientras que tú desfalleces en los eternos tormentos. Ademas hay un grande abismo que nos separa, de manera que los que quisieran pasar desde aquí á ese punto, no podrian; asi como no se puede pasar aquí desde donde tú estás.» Replicó el rico: «Os ruego, padre Abrahan, que al menos envieis á Lázaro á la casa de mi padre, donde tengo cinco hermanos, para que les infunda el temor de no venir á parar á este lugar de tormentos. Abrahan le dijo: «Ya tienen á Moisés y á los profetas: que los escuchen.» No; contestó el rico, no lo hacen.» Abrahan entonces terminó con estas palabras: «Si no escuchan á Moisés y á los profetas, no creerán tam-

poco aunque uno de los muertos resucitase.»

Vale mas ser en el mundo el pobre y piadoso Lázaro, que el rico egoista y disipador. El uno, despues de haber sufrido algunos dolores pasajeros, fue trasportado despues de su muerte á la celestial morada, donde goza de una felicidad inefable y eterna; mientras que el otro, despues de algunos vanos placeres, que no podian hacerle feliz, porque dejaban siempre en su corazon los remordimientos y los pesares, fué precipitado á las cavernas infernales, donde estará condenado por toda la eternidad á indecibles tormentos.

XXXVII.—LAS VIRGENES SABIAS Y LAS NECIAS.

«En el reino de los cielos, dijo Jesus, acontecerá lo mismo que á diez vírgenes que habiendo tomado sus lámparas salieron á encontrar al esposo. Cinco de ellas eran fátuas y otras cinco prudentes. Las vírgenes fátuas al tomar sus lámparas, no tenian aceite consigo. Las prudentes, al contrario, tomaron aceite en sus vasos con sus lámparas; y como el esposo tardaba en venir, se durmieron todas. Pero hácia media noche se despertaron sobresaltadas oyendo gritar: «Ya está allí el esposo, salidle al encuentro.» Al instante se levantaron todas las vírgenes, y al preparar sus lámparas, dijeron las fátuas á las prudentes: «Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan:» pero las prudentes las respondieron: «No podemos hacerlo por temor de no tener bastante para nosotras y para vosotras; id mas bien á las tiendas y comprad lo

que necesiteis.» Pero el esposo vino durante su ausencia, y las que estaban dispuestas entraron con él á las bodas, cerrándose en seguida las puertas. Llegaron en fin las otras vírgenes, y encontrando la puerta cerrada exclamaron: «Señor, Señor, abridnos;» pero el esposo respondió: «En verdad os digo que no os conozco.»

¿De qué pueden servir las lámparas sin aceite? ¿De qué sirven los ejercicios exteriores, si no están vivificados por la pureza de intencion? Ejercicios exteriores, ó resoluciones no practicadas son insuficientes para llegar á la salvacion.

XXXVIII.—DIVERSOS ACONTECIMIENTOS INSTRUCTIVOS.

Habiendo llegado un dia Jesus con sus discípulos á Cafarnaun, los que percibian el tributo para la conservacion del templo, se llegaron á Pedro, y le dijeron: Vuestro maestro no paga el tributo? Aquel respondió: «Sí; le paga,» y al momento fué á dar parte á Jesus de aquella peticion. Mas Jesus, para el que todo era conocido, se adelantó á decirle: «Qué os parece, Simon, ¿de quién reciben tributos é impuestos los reyes de la tierra? ¿de sus hijos ó de los extranjeros?» Pedro respondió: «De los extranjeros.» «Los hijos, pues, están exentos, prosiguió Jesus; pero á fin de no escandalizar, vete á la mar, arroja el anzuelo y pescarás el primer pez que se presente; cuando le abras la boca, encontrarás una pieza

de plata que valdrá el doble de lo que se paga ordinariamente; tómalala y dácela por mí y por vosotros.» Obedeció Pedro, y encontró, en efecto, la pieza de plata en la boca del pez, y la llevó á los que recibían los tributos.

Siempre se mostró justo Jesus para con todo el mundo, y así es, que obedecía también voluntariamente á la autoridad terrena.

Durante sus viajes entró Jesus en el pueblo de Betania: dos hermanas, Marta y María, le recibieron en su casa; María se unió á las que escuchaban los discursos del Salvador, y llena de atención y recogimiento se sentó á sus pies. Marta por el contrario, se ocupaba solícita del cuidado de las cosas domésticas, y se afanaba por tratar bien al Señor. Sin embargo, parándose delante de Jesus, le dijo: «Maestro, no observais que mi hermana me deja servir á mí sola? decidla que me ayude. Pero Jesus la respondió: «Marta, Marta, tú te inquietas y te agitas por muchas cosas, y sin embargo, una sola es necesario. María ha elegido la mejor parte, que no la será arrebatada.»

Una sola cosa es necesaria, y esta es escuchar y observar la palabra de Dios, es decir, sus divinos mandatos; porque en esto consiste todo el negocio de nuestra salvación, única cosa que merece propiamente nuestros cuidados y esfuerzos; en efecto, si nos salvamos todo se ha ganado; si nos perdemos, todo se ha perdido por toda la eternidad.



XXXIX.-RESURRECCION DE LÁZARO.

Lázaro, el hermano de Marta y de María, estaba enfermo en Betania. Sus hermanas, llenas de confianza en Jesús, le enviaron un mensajero para decirle: «Señor, el que amais está enfermo.» Al oír Jesús esta nueva respondió: «Esta enfermedad no es mortal, pero es para la gloria de Dios, á fin de que el hijo de Dios sea glorificado.» Permaneció todavía durante dos días en el lugar donde estaba, y al tercero dijo á sus discípulos: «Volvamos á Judea, nuestro amigo Lázaro está durmiendo el sueño de la muerte, pero yo voy á despertarle.»

A su llegada, supo que hacia tres días se hallaba Lázaro en el sepulcro. Marta corrió apresu-

rada á encontrarle, y al momento que llegó á distinguirle exclamó: «Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no hubiera muerto; pero yo sé que ahora mismo, cuanto pidais á Dios os lo concederá.»

Jesus respondió: «Resucitará tu hermano.» «Lo sé, repuso Marta, resucitará en la resurreccion del último dia.» Jesus dijo entonces: «*Yo soy la resurreccion y la vida; el que cree en mí, aun cuando haya muerto, vivirá. Y cualquiera que vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Cres tú esto?*»

Marta respondió: «Sí, señor; creo que sois el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que habeis venido al mundo.» Cuando acabó Marta de hablar, se marchó á prevenir en voz baja á María su hermana, diciéndola: «Ha venido el Maestro y pregunta por tí.» Al momento se levantó María y fué á encontrar á Jesus. Los que la rodeaban la siguieron fuera del pueblo, al parage donde estaba el Señor.

María se arrojó á los pies de Jesus y derramando ardorosas lágrimas, le dijo: «Señor, si hubiérais estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.» Y los judíos que habian venido con ella se pusieron tambien á llorar. Profundamente conmovido Jesus por sus lágrimas: «Dónde le habeis puesto?» preguntó con acento enternecido. «Venid y vereis, Señor,» respondieron las hermanas. Y *Jesus lloró. Ved cuánto amaba á Lázaro!*

Penetrado Jesus de dolor, llegó ante el se-

pulcro: era un hoyo cubierto con una piedra. «Quitad la piedra.» Dijo Jesus:--«Señor, huele ya mal,» repuso Marta. Pero Jesus la respondió: «No te he dicho, que si crees verás la gloria de Dios?» Quitaron la piedra, y Jesus elevando los ojos hácia el cielo, oró; en seguida con voz fuerte dijo: «Lázaro, sal,» y al momento salió el difunto.

Tal es el poder de Jesucristo; con uua sola palabra puede resucitar los muertos y volverlos á la vida. Sin embargo, por admirable que sea el prodigio que hizo con Lázaro, su misericordia, no dudamos decirlo, los obra diariamente mas admirables todavia. El infortunado, cuya alma ha sucumbido á los golpes del pecado mortal, herido por la gracia omnipotente de Dios, á quien ultrajaba, llega contrito á postrarse á los pies del ministro depositario de la misericordia divina, para confesarle humildemente sus miserias y debilidades; y apenas el sacerdote ha pronunciado sobre la cabeza de este muerto espiritual las palabras de salvacion, cuando al momento se le vuelve la vida de la gracia y el cielo se le abre: toda la córte celestial está atenta al prodigio de la misericordia; y el divino Jesus, obedeciendo en cierto modo á la voz de su ministro, ratifica en el cielo la sentencia de absolucion pronunciada sobre la tierra.

XL.-JESUS UNGIDO POR MARIA.

Una multitud de judíos, que presenciaron la resurreccion de Lázaro, creyeron en Jesus; pero otros fueron á contar á los Fariseos lo que habia pasado, y el gran consejo resolvió hacer morir al Salvador. Para ponerse al abrigo de

sus persecuciones, se retiró Jesus á lo último del pais de Israel; pero seis dias antes de la festividad de la Pascua, volvió á Betania.

Lázaro y su hermana se apresuraron á manifestarle su reconocimiento y respeto. Se le preparó una comida en casa de un hombre llamado Simon, á quien poco antes habia curado la lepra. Lázaro se encontraba en la mesa con él, y Marta les servia, pero María trajo en un vaso de alabastro una libra de aceite aromático, de nardo precioso. Mientras Jesus comia le ungió los pies, los enjugó con sus cabellos, y despues derramó el sobrante de aquel odorífero aceite sobre la cabeza del mismo Jesus.

Toda la casa se llenó de olor de aquel delicioso perfume. María habia hecho aquello por amor que tenia á Jesus. Pero algunos de sus discípulos pensaban entre sí, que hubiera sido mejor dar á los pobres el dinero empleado en comprar aquel perfume, y censuraban interiormente á María.

Jesus, que leia en sus corazones, les dijo: «María ha ejecutado en mí una buena accion; me ha ungiendo para mi sepultura.» En seguida añadió: «En verdad os digo, que en todas las comarcas donde se predique este evangelio, se contará en alabanza de esta muger lo que acaba de ejecutar.»

En el momento, niños míos, que leéis estas palabras, se están cumpliendo todavía las palabras de Jesus.

 XLI.—ENTRADA SOLEMNE DE JESUS EN JERUSALEN.

Al siguiente día se puso Jesús en marcha para Jerusalén. Habiendo llegado á Bethage, cerca del monte de las Olivas, se detuvo y dijo á sus discípulos: «Id á la villa inmediata y traedme una asna con un asnillo sobre el que nadie ha montado todavía. Decid solo al dueño que tengo necesidad de él, y que le devolveré al momento.» Los discípulos trajeron el asnillo, le cubrieron con sus vestidos, y Jesús montó en él. Con este hecho, cumplió el Salvador una profecía divina. Una multitud inmensa atraída por la fiesta próxima le seguía su marcha.

Muchos de los que le acompañaban tendían sus vestidos á lo largo del camino por donde debía pasar: otros cortaban ramas de árboles y las llevaban delante de él, ó bien las esparcían por el camino. Cuantos precedían ó seguían á Jesús gritaban en alta voz: «*Salud y gloria al hijo de David! Bendito el que viene en nombre del Señor!*» Muchos fariseos venían mezclados con la multitud; tan alegres aclamaciones les desagradaron mucho; y avanzando hasta Jesús le dijeron con enfado: «Maestro, haced callar á vuestros discípulos.» Pero el Señor les respondió: «Os declaro, que si estos se callan, las mismas piedras gritarán.» Y continuó tranquilamente su cami-

no en medio de las alabanzas que á su alrededor resonaban. Los habitantes de Jerusalem vieron en grandes grupos á su encuentro, y unieron sus voces á los cánticos de alegría que se elevaban por todos lados.

Habiendo Jesus arribado cerca de Jerusalem, la contempló tristemente: despues, impulsado por una profunda piedad, pronunció estas palabras: «Ah! si tu reconocieses al menos en este dia, que aun se te concede, al que puede procurarte la paz! Pero ahora todo se oculta á tus ojos, y porque no has aceptado la salud que se te habia ofrecido, vendrá para tí un tiempo desgraciado, en que tus enemigos te circunden por todas partes, y te destruyan hasta la última piedra.» Y al acabar estas palabras, tier- nas lágrimas surcaban por sus mejillas.

Asi es como entró Jesus en Jerusalem. La ciudad entera estaba en movimiento.--«Qué sucede? qué hay de nuevo?» se preguntaba en todas partes. «Jesus, el profeta, ha venido,» respondia el pueblo. Dejó el Salvador su cabalgadura y se encaminó directamente al templo. El tumulto profano, causado por los usureros y los traficantes en bestias, le llenó de nuevo de una profunda indignacion; por lo que los arrojó del átrio, como lo habia hecho tres años antes. Los enfermos, los ciegos, los paraliticos, se reunieron en grupo á su alrededor en el templo, y todos fueron curados.

Muchos niños, agrupados en torno de Jesús, daban gritos de alegría, al ver las curas milagrosas. Todos, en el trasporte de su alegría, exclamaban: «*Gloria al hijo de David! Bendito el que viene en el nombre del Señor!*» Pero los fariseos no pudieron ocultar la cólera que les inspiraban estas exclamaciones; riñeron fuertemente á los muchachos, y dijeron á Jesús en tono irritado: «Escuchais lo que dicen? Mandadles que callen.» Pero Jesús les respondió: «No habeis leído jamás estas palabras? Habeis conseguido la mas perfecta alabanza de la boca de los niños y de los que todavía maman?»

Notad bien esto, queridos niños. El Señor no desdenea vuestras débiles alabanzas. Haced pues frecuentemente subir hácia él cánticos que salgan del fondo de vuestro corazón.

XLII.-PROFECIA DE LA DESTRUCCION DE JERUSALEN.

En aquellos últimos dias de su vida, fue cuando redobló el Señor su fuerza y celo para instruir y curar á cuantos se le acercaban. Todas las tardes salia de Jerusalem con sus discípulos, é iba á pasar la noche en Bethania. Al amanecer ya estaba otra vez en el templo.

Una tarde, ya puesto el sol, dejaba Jesús el templo: sus discípulos le detuvieron, y admirando la magnífica estructura de aquel edificio, le dijeron: «Maestro, mirad qué piedras y qué grandiosa fábrica!» Pero Jesús les respondió:

«*Veis todos esos edificios? pues yo os digo que de tal modo serán destruidos que no quedará piedra sobre piedra.*» Sorprendieron mucho á sus discipulos tales espresiones, y deseaban vivamente se les aclarase su sentido. Habiendo llegado al monte de las Olivas, se sentó Jesus, y sus discipulos le rodearon. De la altura en que se hallaban se divisaba toda la ciudad, asi como el templo santo. Pedro y algunos otros le preguntaron entonces. «*Maestro, cuándo sucederá lo que habeis dicho, y cuándo vendrá el fin del mundo?*»

Jesus respondió:

1.º «*Los cuervos se reunen donde hay un cadáver. Oireis hablar de guerras y sediciones: habrá en diferentes lugares grandes temblores de tierra, pestes, hambres, y aparecerán señales espantosas en el cielo; pero todo esto no será todavía mas que el principio de la asolacion.*

»*Antes de todo os prenderán, y por mi causa sereis aborrecidos y perseguidos. Sin embargo, no caerá un cabello de vuestra cabeza contra la voluntad de vuestro Padre celestial. Por la paciencia poseereis las almas.*

»*Como la impiedad levantará la cabeza, la caridad se enfriará. La miseria será tan grande que no se habrá visto semejante desde el principio del mundo.*

»*Guardaos de que nadie os seduzca! Porque vendrán muchos en mi nombre, y harán prodigios para seducir, aun á los elegidos, si es posible.*

»Cuando veais á Jerusalem rodeada de armas, sabed que su destruccion está próxima: que los que estén entonces en la Judea, huirán á las montañas: que los que estén en los campos, no volverán á la ciudad para tomar sus vestidos: porque aquellos serán los dias de la justicia divina.

»Muchos caerán al filo de la espada: muchos serán llevados cautivos á todas las naciones, y Jerusalem se verá ocupada por los paganos hasta que se cumpla el tiempo de los pueblos.

XLIII.-PROFECIA DEL JUICIO FINAL.

«Despues de estos dias de afliccion, prosiguió Jesus, y cuando el reino de los cielos haya sido anunciado á todas las naciones de la tierra, entonces vendrá el fin del mundo. El sol se oscurecerá, la luna no dará luz, caerán las estrellas, y se desquiciarán los fundamentos del cielo. El terror se apoderará de todos los pueblos de la tierra, y casi morirán de espanto.

»Entonces la señal del Hijo del hombre aparecerá sobre una nube: las tribus todas de la tierra se lamentarán golpeándose el pecho, y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con grande poder y gloria.

»Y él enviará sus ángeles á reunir sus elegidos por las cuatro estremidades de la tierra.

»Cuando estas cosas, pues, empiezen á verificarse, levantad vuestras cabezas; porque se aproximará vuestra libertad.

»El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Velad y orad, porque no sabéis el día ni la hora.

»Cuando el Hijo del hombre venga en toda su magestad, se sentará sobre el trono de su gloria. Todas las naciones estarán reunidas delante de él, y él separará los unos de los otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras; y colocará las ovejas á la derecha y las cabras á la izquierda.

Entonces el Rey dirá á los que están á la derecha: *«Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde la creacion del mundo! Porque tuve hambre y me disteis de comer: tuve sed y me disteis de beber: era peregrino y me recogisteis: estaba desnudo y me vestisteis; me hallé enfermo y me visitasteis: estuve en prision y fuisteis á verme.»*

»Entonces los justos le preguntarán: «Señor, cuándo hicimos todo esto?» Y responderá el Rey: «Lo que habeis hecho con el menor de mis hermanos lo hicisteis conmigo mismo.» Y en seguida irán los justos á la gloria.

»El Rey dirá en seguida á los que están á su izquierda: *«Id, malditos, al fuego eterno que está preparado para el diablo y sus siervos.»*

Cuanto Jesus predijo en el monte de las Olivas, concerniente á la destruccion de Jerusalem, se cumplió á la letra al cabo de cuarenta años. Lo que anunció relativamente al fin del mundo, no puede menos de suceder de una manera tan cierta y tan inevitable.

¡Que podais, caros niños, ser colocados todos á la derecha en el día de vuestro juicio! Que ninguno sea tan infeliz que le toque estar á la izquierda!



XLIV.-LA SANTA CENA.

El momento de la muerte de Jesus se aproximaba. El Salvador lo sabia, y frecuentemente en el discurso de la semana se lo habia predicho á sus discípulos.

Llegó en fin, el primer dia de Pascua, aquel en que debia inmolarse el Cordero pascual. Jesus envió á la ciudad dos de sus discípulos, Pedro y Juan, para preparar la mesa, y les previno que á la puerta de Jerusalem encontrarían un hombre conduciendo un cántaro: que le siguiesen y en su casa preparasen todo lo necesario. Todo se hizo como Jesus lo habia mandado.

Llegó la tarde, y Jesus se trasladó á Jerusalem con sus discípulos. Fueron conducidos á una gran sala iluminada, en la que se hallaba una me-

sa, sobre la cual habia un cordero asado, vino y pan sin levadura. Se sentó Jesus á la mesa, y sus doce discípulos alrededor; y dirigiendo sobre ellos las miradas mas llenas de ternura, les dijo: «Hijos míos, con ánsia he deseado comer este Cordero pascual en vuestra compañía antes de padecer; porque os digo que no volveré á comer ya con vosotros hasta que todo esté cumplido en el reino de Dios.» Despues tomó la copa, dió gracias al Criador, y la hizo pasar á sus discípulos.

Entonces se levantó de la mesa, se quitó su manto, tomó una tohalla y se la ciñó: despues habiendo echado agua en una vacía, fue á lavar los pies á sus discípulos. Lleno San Pedro de respeto hácia su divino Maestro, no queria permitir que se humillase así á sus pies. «Señor, le dijo, no permitiré jamás que me laveis vos los pies.» Pero Jesus le respondió con bondad: «Si no te lavare los pies, no tendrás parte conmigo.» Pedro, que amaba tiernamente á su Maestro, viendo que solo bajo aquella condicion podria entrar en su reino, le dijo con fervor: «Oh Señor, si es preciso, lavadme no solo los pies, sino tambien las manos y la cabeza.»

Luego que Jesus concluyó de lavar á todos sus discípulos, dando así ejemplo de la mas tierna humildad, se volvió á sentar á la mesa y habló así: «¿Sabeis lo que acabo de hacer con vosotros? Me llamais Maestro y Señor, y os digo que lo soy en verdad. Si pues yo os he lavado los pies, debéis hacer lo mismo los unos con los otros.»

Por esta accion quiso Jesus, antes de dejar la tierra, dar á sus discipulos un testimonio de amor y al mismo tiempo mostrar á todos el ejemplo de la humildad.

Penetrado luego de una profunda tristeza, empezó Jesus de nuevo á hablar en estos términos:

«En verdad os digo, que uno de vosotros, que mete conmigo la mano en el plato, me entregará.»

A pesar de estas espresiones, no desistió Judas Iscariote de la promesa que tenia hecha al gran consejo de los judíos, quienes le habian ofrecido treinta dineros si les entregaba á Jesus.

Antes de apartarse de sus discipulos quiso dejarles una última prenda de su ternura, dándoles aquella comida divina, aquel alimento celestial de que les habia hablado tantas veces; es decir, á comer su propio cuerpo y á beber su misma sangre. Tomó un pan que habia sobre la mesa, y despues de elevar sus ojos al cielo, le bendijo, le partió y se le dió á sus discipulos diciendo: «Tomad y comed:

ESTE ES MI CUERPO,

que será entregado para bien vuestro. Haced esto en mi memoria.»

Tomó igualmente la copa, dió otra vez gracias al Padre celestial, y la hizo pasar á sus discipulos, diciendo: «Tomad y bebed todos, porque

ESTA ES MI SANGRE;

la sangre de la nueva alianza, que será derramada por muchos para la remision de los pe-

cados. Cuantas veces hiciéreis esto, hacedlo en memoria mia.»

Así es, niños míos, como fué instituido el adorable sacramento de la Eucaristía, misterio augusto é incomprendible en que un Dios, por un prodigio de que solo es capaz su amor, se nos da todo entero bajo las apariencias de pan y de vino, para ser el alimento de nuestras almas y el consuelo de los fieles hasta la consumacion de los siglos.

XLV.—Ultimo coloquio de Jesus con sus discípulos.

«Hijos queridos, continuó Jesus, me queda poco tiempo que estar con vosotros; os voy á dejar, y no podeis seguirme por el momento.» Pedro exclamó: «Por qué no puedo yo seguiros? Yo daria mi vida por vos.» El Señor le respondió: «En verdad, en verdad te digo, que esta misma noche, antes que el gallo cante, me has de negar tres veces.» Pedro persistió en decir, que aun cuando fuera preciso morir por él no le negaria, y todos los demas discípulos dijeron lo mismo, consultando mas á su ternura y amor hácia su divino Maestro que á su debilidad, que Jesucristo conocia perfectamente.

Todos le miraban con un aire triste y abatido; y Jesus les dijo entonces: «Que no se turbe vuestro corazon; hay muchas moradas en la casa de mi Padre; voy á prepararos allí un lugar; despues volveré y os tomaré conmigo, á fin de que allí donde yo esté, vosotros tambien esteis. Yo soy el camino, la verdad y la vida.»

«Cuanto pidais á mi Padre en mi nombre os será concedido. Yo rogaré á mi Padre y os dará otro consolador y un apoyo en el Espíritu Santo de verdad. El estará con vosotros, y os enseñará todas las cosas: no os dejaré huérfanos.

«Si me amais, seguid mi mandamiento. El que me ame será amado de mi Padre, y yo le amaré tambien, y me dará á conocer á él; y vendremos sobre él, y haremos en él nuestra morada.»

Se levantó Jesus, y despues que pronunciaron su accion de gracias, tomó el camino del monte de las Olivas: sus discípulos le seguian.

Habiendo salido fuera de las puertas de la ciudad, volvió Jesus á dirigirles nuevas exhortaciones: «Yo soy, les dijo, la cepa de la viña, vosotros sois los sarmientos, y mi Padre el viñador: nada podéis sin mí. Aquel que more en mí, y yo en él, producirá muchos frutos; pero aquel que no habite en mí, será arrojado como un sarmiento inútil.»

«El mandato que os hago es que os ameis los unos á los otros como yo os he amado. Si el mundo os aborrece sabed que ya me ha aborrecido antes que á vosotros. Tendreis que sufrir muchas aflicciones en el mundo; pero tened confianza: *yo he vencido al mundo.*»

Despues que Jesus les habló así, atravesó el torrente Cedron y se dirigió hácia el monte Olivete.

XLVI. — JESUS EN EL MONTE DE LAS OLIVAS.

Le siguieron sus discípulos con el corazón

oprimido y entraron en un jardín situado cerca de una heredad llamada Jetsemaní. Volviéndose entonces Jesús á sus discípulos les dijo: «Sentaos ahí mientras que yo me retiro á orar; orad también para no caer en la tentacion.» Se apoderó de Jesús el espanto, y un profundo dolor penetró en su corazón; tembló y se estremeció. «Triste está mi alma hasta la muerte,» dijo á sus discípulos: «permaneced aquí y velad conmigo.»

Y habiéndose adelantado un poco, se postró en tierra, y exclamó: «*Padre mio, si es posible, alejad este cáliz de mí: hágase no obstante vuestra voluntad y no la mia.*»

Después de haber orado volvió á sus discípulos y los encontró dormidos; los despertó dulcemente; é inclinándose sobre Pedro le dijo: «Simon, duermes? no habeis podido velar siquiera una hora conmigo. Velad y orad para que no caigais en la tentacion. El espíritu es pronto, pero la carne débil.»

De nuevo se turbó Jesús, se marchó por segunda vez, se inclinó profundamente, y oró todavía con mayor fervor. Después de algunos instantes volvió cerca de sus discípulos, y encontrándolos aun dormidos los amonestó con la misma dulzura que antes.

Se fue á orar por tercera vez. Angustias mortales se apoderaron de él, y el terrible combate, que pasaba en su interior, entre la carne que se revelaba contra los sufrimientos y el espíritu que

se hallaba perfectamente sumiso á la voluntad santa del Padre Eterno, causó en todo su cuerpo una agitacion tan violenta, que salió de él un sudor como de gotas de sangre, que caia sobre la tierra. En situacion tan dolorosa oró en estos términos: *«Padre mio, si no es posible que este cáliz pase lejos de mí sin que yo le beba, cúmplase vuestra voluntad santa»* Entonces descendió un ángel de las alturas celestiales para confortarle.

Calmado y sereno Jesus se volvió á sus discípulos, y les dijo: «Baste; la hora ha llegado: el hijo del hombre va á ser entregado en manos de los pecadores; levantaos, marchemos: el que debe entregarme se aproxima.»

Apenas habia acabado estas palabras, cuando se vió aparecer un gran tropel de gentes armadas de espadas y picas. Algunos de ellos llevaban hachas encendidas, y Judas Iscariote venia al frente de ellos. Este se aproximó á Jesus. — «Maestro, yo os saludo,» le dijo besándole. Este era el signo convenido por el cual el traidor debia designar á los soldados á quién habian de prender. Mas Jesus dirigiéndose á Judas, le dijo con una dulzura capaz de enternecer á las rocas: «Amigo mio, ¿á qué has venido? ¡Judas, por medio de un ósculo entregas al Hijo del hombre!» En seguida avanzando hácia la turba dijo: «¿A quién buscáis?» Ellos respondieron: «A Jesus Nazareno;» y Jesus les dijo: «Yo soy.» A estas palabras, sobrecogidos de espanto, retro-

cedieron y cayeron en tierra como si los hubiera herido un rayo. Cuando volvieron en sí, les preguntó segunda vez Jesus: «¿A quién buscáis?» — «A Jesus Nazareno,» le dijeron de nuevo. Jesus respondió: «Os he dicho que soy yo: si pues á mí es á quien buscáis, dejad marchar á estos:» (designando á sus discípulos). Los judíos pusieron entonces las manos sobre Jesus y se apoderaron de él. Al ver esto Pedro, sacando su espada hirió con fuerza á uno de los criados del pontífice y le cortó la oreja derecha. Pero Jesus le contuvo diciéndole: «Mete tu espada en la vaina. Piensas que si yo quisiera no podría ahora rogar á mi Padre para que viniese en mi ayuda, y que El no me enviaria mas de doce legiones de ángeles para defenderme? ¿pero no es preciso que yo beba el cáliz que el Padre me ha dado á beber?» Curó al momento la oreja de aquel hombre, y se dejó tranquilamente atar. Todos sus discípulos huyeron.

XLVII.-ULTIMA NOCHE DE JESUS.

Aprisionado como un malhechor fue conducido Jesus á Jerusalem. Se le condujo primero á casa de Anás, donde entró en la sala del consejo con la calma de la inocencia. Anás le preguntó sobre sus discípulos y su doctrina: Jesus le respondió con serenidad: «¿Por qué me preguntáis á mí? preguntadlo á los que me han escuchado.» Cuando dijo esto, uno de los comensales que estaba presente le dió un bofetón en

el rostro, diciéndole: «Así respondes al pontífice?» Mirándole Jesus con dulzura, le dijo: «Si he hablado mal pruébamelo; pero si he hablado bien, ¿por qué me hieres?»

Anás envió entonces á Jesus á casa de Caiás. Ya estaba reunido el gran consejo. A fuerza de oro habian ganado falsos testigos, que unos tras de otros vinieron á declarar contra Jesus, y no temieron proferir muchas mentiras. Sin embargo, sus declaraciones no estaban acordes: no pudieron convencer á Jesus de ningun crimen. Tranquilo el Señor en medio de sus acusadores, los escuchaba en silencio.

De repente se levantó el soberano sacerdote, y avanzando á mitad de la asamblea dijo á Jesus: «Nada respondes á lo que declaran contra ti?» Mas Jesus se calló.

Caiás entonces repuso con tono solemne: «Yo os conjuro por el Dios vivo, nos digas si eres el Cristo, Hijo de Dios.» Jesus le respondió: «Tú lo dijiste.» El pontífice entonces rasgó sus vestiduras y exclamó: «Ha blasfemado! Qué os parece?» Respondieron todos: «Merece la muerte!» Asi es como la inocencia, la misma santidad fue condenada á muerte, como un malhechor, por los pecadores.

Condujeron al momento á Jesus al átrio del palacio, donde en toda la noche no cesaron de ultrajarle. Unos le escupian, otros le cubrian el rostro y le golpeaban diciéndole: «Adivina quién te dió». En una palabra, se permitieron todos los ultra-

jes que la maldad mas refinada pudiera inventar.

Pero Jesus permaneci6 constantemente tranquilo y sin desplegar sus labios. Durante este tiempo, Pedro, que le habia seguido de lejos para cerciorarse de su suerte, se sent6 cerca de la lumbre que se habia encendido en medio del atrio. Los guardias y los criados del pontifice rodeaban la hoguera y se calentaban. Una criada se aproxim6, y apenas divis6 a Pedro, dijo: «Tambien este estaba con el Nazareno.» Pedro atemorizado, respondi6: «No, yo no le conozco!» y el gallo cant6 por la primera vez; mas Pedro lleno de turbacion apenas le oy6.

Un poco despues, otro de las gentes de Cai-fas le mir6 fijamente, y dijo: «Este hombre es tambien uno de los suyos.» Pedro se esforz6 en negar de nuevo. Al momento le dijo otro: «Ciertamente, t6 eres tambien de sus discipulos, porque tu lenguaje lo manifiesta.» Pedro entonces neg6 por tercera vez al Se6or, diciendo con juramento: «No conozco a ese hombre.» Estaba aun hablando Pedro cuando cant6 el gallo. Al mismo tiempo se volvi6 Jesus hacia su discipulo y le mir6 con semblante entristecido. Esta mirada hiri6 a Pedro en el fondo del alma; pues se acord6 de las palabras que Jesus le habia dirigido despues de la cena. Lleno de terror y arrepentimiento, se apresur6 a salir, y se fue a llorar amargamente su pecado.

Veamos y oremos para no caer en la tentacion.
Tener una vida criminal es tambien negar a Jesus.



XLVIII.—JESUS ANTE EL JUEZ TEMPORAL.

Vino el día. A su aurora ya estaba el gran consejo reunido de nuevo. Jesus fue otra vez conducido á su presencia: allí dió testimonio de la verdad, así como lo había hecho por la noche, y el consejo pronunció segunda vez la sentencia de muerte. Se levantó toda la asamblea, y condujo apresuradamente á Jesus ante Poncio Pilato, gobernador romano. Este salió de su palacio, subió á su tribunal, y preguntó cuáles eran los motivos de queja. Los paganos estaban allí como jueces, la inocencia se hallaba acusada, y los gefes de Israel se elevaban como acusadores.

Pilatos preguntó: «Qué acusacion traéis con-

tra este hombre?» Los sacerdotes judíos respondieron: «Este hombre pervierte al pueblo, le impide que pague tributo al César, y se hace pasar por el Rey de los judíos.» El gobernador preguntó al mismo Jesus: «Sois el Rey de los judíos?»--«Si lo soy,» respondió Jesus. Renovaron los sacerdotes su acusacion, pero Jesus los escuchaba en silencio. Pilatos le preguntó de nuevo: «No ois de cuántas cosas os acusan? Nada respondeis á ellas?» Jesus continuó callando, de forma que Pilatos estaba sorprendido.

Entrándose entonces en palacio, hizo venir á Jesus, y á solas le preguntó: «Sois el Rey de los judíos?» Jesus respondió: «Vos lo decis, yo soy Rey, pero mi reino no es de este mundo.» Volvió entonces Pilatos hácia donde estaban los judíos y les dijo: «No encuentro crimen alguno en este hombre.» Pero los sacerdotes, insistiendo mas y mas, añadieron: «Subleva al pueblo por la doctrina que esparce en toda la Judea, desde Galilea, donde ha empezado, hasta aquí.» Cuando Pilatos oyó hablar de Galilea y supo que Jesus era de la jurisdiccion de Herodes, le envió al momento á su rey. Todo el gran consejo le siguió para acusarle. De grande alegría se llenó Herodes al ver á Jesus, porque esperaba verle hacer algun milagro; le dirigió pues algunas preguntas, pero Jesus nada contestó.

Entonces Herodes con su corte, se puso á ridiculizarle y por burla le hizo poner un vesti-

do blanco, y le envió así á Pilatos. Sufria Jesus estos ultrages en silencio, y se dejaba llevar tranquilo, de un tribunal á otro.

20 El traidor Judas entretanto se arrepintió del crimen horrible que habia cometido, y se ahorcó él mismo, despues de haber arrojado á los pies de los sacerdotes las treinta piezas de plata que habia recibido por precio de su sacrilego delito.

Los sacerdotes, sin embargo, no creyeron poder volver al tesoro del templo aquel dinero que habia sido el precio de la sangre y de la vida de un hombre: por este motivo, compraron el terreno de un alfarero para enterrar en él á los extranjeros, y dieron á este terreno el nombre de *Halcedema*, que significa el campo de la sangre.

De este modo se cumplió la prediccion de un profeta, que anunciaba «que Jesus seria puesto en precio, y vendido en treinta piezas de plata, y que con este dinero se compraria el terreno de un alfarero.»



XLIX.-PETICION IMPIA DE LOS JUDIOS.

Era costumbre entre los judíos libertar un criminal en la festividad de la Pascua. Cuando volvieron á Jesus á casa de Pilatos, este colocó á su lado á un malhechor llamado Barrabas, y dijo al pueblo, que estaba agrupado delante de él: «¿A quién quereis que liberte, á Jesus ó á Barrabas el asesino?» Esperaba Pilatos que le pidiesen la libertad de Jesus, pero el pueblo excitado por los sacerdotes, gritó á una voz: «No queremos á Jesus, dadnos á Barrabas!» Pilatos que deseaba con ánsia libertar al Señor, les dijo: «Qué quereis, pues, que haga de Jesus, al que vosotros llamais Rey de los judíos?» Respondieron todos: «*Crucificalo.*» Entonces Pilatos liberto á Barrabas, y entregó á Jesus á los soldados para que le azotasen. Estos le condujeron á lo interior del pretorio y reunieron todas sus cohortes. Le desnudaron, le ataron á una columna, y le azotaron cruelmente y con una bárbara alegría: despues habiendo formado una corona de espinas, se la colocaron en la cabeza, le vistieron con un manto de púrpura, le pusieron en la mano una caña á manera de cetro, y en seguida, arrodillándose, se burlaban diciéndole: «*Salve, Rey de los judíos!*» Otros le escupian en

el rostro, le daban bofetadas, le arrancaban la caña que tenia en la mano, le golpeaban fuertemente con ella en la cabeza, de modo que las espinas de la corona se le clavaban en las sienes.

En tal estado, le hizo Pilatos conducir ante el pueblo. Jesus apareció á la multitud cubierto de sangre, pálido y desfigurado por los tormentos que le habian hecho sufrir, llevando sobre su cabeza la corona de espinas y el manto real sobre las espaldas. Penetrado el pagano Pilatos de una profunda piedad: «*Ved ahí al hombre:*» dijo comovido, designando á Jesus, y repitiendo de nuevo: «No encuentro crimen en él.» Pero segunda vez se levantó el grito sanguinario y tumultuoso: «*Crucificalo! crucificalo!*» Y los gefes del pueblo dijeron á Pilatos: «Si libertais á Jesus no sois amigo del emperador.»

De espanto llenaron semejantes palabras al gobernador romano; hizo entonces traer una vasija con agua, y lavándose las manos solemnemente delante del pueblo, dijo: «Yo estoy inocente en la muerte de este justo: vosotros responderéis.»—«*Caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos,*» gritaron los empedernidos, judíos, á los cuales al fin entregó Pilatos á Jesus para que le crucificáran. Sufrió Jesus en silencio tanta injusticia y tanta iniquidad, resuelto á morir por el género humano.

¡Qué divino es su silencio! Cuán celestial y magnánima su paciencia!



L.—JESUS CRUCIFICADO EN EL GOLGOTA.

Los soldados se apoderaron de Jesus, le quitaron el manto de púrpura, y le pusieron sus vestidos. En seguida le hicieron atravesar la ciudad de Jerusalem cargándole una cruz á cuestas, y conduciéndole al lugar del suplicio en medio de dos malhechores que debian morir con él. Sin embargo, como Jesus, desfallecido casi por tantos sufrimientos, sucumbiese bajo el peso de su carga, obligaron á un hombre llamado Simon á que le ayudase á llevarla. Jesus avanzaba en medio de las turbas orando en silencio. Le seguian algunas mugeres que lloraban amargamente, y volviéndose hácia ellas les dijo: *«Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí, sino por vosotras y vuestros hijos.»*

Después de haber caído Jesus tres veces bajo el pesado madero de la Cruz, llegó al fin al monte Calvario. Se le quiso hacer beber vino mezclado con mirra, pero lo rehusó. Le desnudaron en seguida y con crueldad inhumana le clavaron en la cruz y á su lado crucificaron á los dos malhechores. A pesar de sus terribles tormentos, no profirió el Salvador ni una sola queja. Unicamente se le oyó pronunciar distintamente: *«Perdonadles, Padre mio, porque no saben lo que se hacen!»* Dividieron en seguida

los soldados las vestiduras de Jesus, y echaron suerte para quién de entre ellos habia de llevar su túnica. Un gran número de ellos le rodeaba blasfemando contra él, y otros se mofaban diciéndole: «*Si eres hijo de Dios baja de la Cruz y sálvate.*» A nada respondió Jesus: tan solo cuando el malhechor que estaba á su derecha, profundamente arrepentido le suplicó no se olvidase de él en su reino, le dijo el Señor: «*Hoy serás conmigo en el Paraiso.*»

Juan su discípulo querido, se hallaba al pie de la Cruz y á su lado María la Madre Santísima del Salvador. En medio de sus crueles sufrimientos los miró Jesus con ternura, y fijando su mirada sobre Juan, dijo á Maria: «*He ahí tu hijo:*» y despues á Juan: «*He ahí tu madre.*»

Oh niños míos! Entonces fue cuando el alma de la Virgen, segun la prediccion del santo anciano Simeon, fue traspasada con una espada de dolor. ¡Cuál no debia ser la tristeza de aquella buena Madre al ver morir á su hijo en el mas cruel é infame de los suplicios! Con justicia, pues, la llama la Iglesia *la Madre de los dolores*, y nos escita á que la invoquemos bajo este sagrado nombre. Recurramos á ella con una filial complacencia: Jesus nos la dió por madre cuando se la dió á S. Juan: ella nos adoptó al pie de la Cruz: ella tiene hácia nosotros una ternura verdaderamente maternal, y su favor en el cielo iguala al amor que tiene á todos los hombres.

Espesas tinieblas empezaron á esparcirse por todos lados. Era el medio dia; el cielo y la tierra se oscurecieron, y esta noche llena de horror duró cerca de tres horas. Sumergido Jesus en un

profundo silencio, sufría los tormentos mas crüeles

Hácia las tres de la tarde esclamó Jesus en alta voz: «*Dios mio, por qué me habeis abandonado?*» Al momento se disiparon las tinieblas, y á pocos instantes dijo Jesus: «*Tengo sed;*» un soldado le presentó una esponja mojada en vinagre. Tomó Jesus unas gotas y despues esclamó: «*TODO SE HA CUMPLIDO. ¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!*» Al pronunciar estas palabras inclinó la cabeza y espiró.

Que un reconocimiento sincero, una adoracion pura y alabanzas eternas se eleven hácia el Salvador. Por todos nosotros sufrió, vertió su sangre y murió: amemos, adoremos, y alabemos eternamente su santo nombre.

Al momento en que Jesus rindió su alma se rasgó el velo del templo en dos partes de alto á bajo; la tierra tembló, se hendieron las rocas y los sepulcros se abrieron: viendo todo lo que sucedia el centurion, que custodiaba á Jesus, lleno de temor, dijo en voz alta. «*Verdaderamente este hombre era hijo de Dios.*» La multitud que rodeaba la Cruz se marchó silenciosa dándose golpes de pecho.

Dos hombres distinguidos entre los judíos vinieron el Viernes por la tarde para quitar de la Cruz el cadáver sangriento de Jesus. Eran el senador José de Arimatea y Nicodémus, doctor de la ley: envolvieron el cuerpo en sábanas preciosas y le llevaron á un jardin donde José habia hecho construir para sí mismo un sepulcro en la roca; en este sepulcro intacto, fue depositado el cadáver. Se colocó una piedra encima y la custodia de él fue confiada á los soldados. Allí es donde el cuerpo del Señor debia reposar durante el sábado.



LI.-RESURRECCION DE JESUS.

La aurora del tercer día comenzaba apenas á lucir: de repente hubo un temblor de tierra: un ángel del Señor, despidiendo rayos de luz, descendió del cielo y vino á levantar la piedra que cerraba el sepulcro.

Jesucristo salió de la tumba lleno de vida, de gloria y de rayos celestiales, vencedor de la muerte y de todas las potencias enemigas.

Sus guardias helados de terror, como si hubieran sido heridos de muerte, cuando volvieron en sí, se apresuraron á huir hasta la ciudad, y fueron á dar parte al gran consejo de lo que acababa de suceder.

Casi al mismo tiempo algunas mugeres pia-

dosas, que amaban tiernamente á Jesus, se acercaron al sepulcro de su maestro; pero le encontraron vacío y vieron solamente las sábanas en que fue envuelto el cadáver.

Con tristeza estaban considerando el sepulcro, cuando de repente apercibieron dos ángeles brillantes que les dijeron: «*Buscais á Jesus Nazareno? ha resucitado, no está aquí ya. Id y anunciadlo á sus discípulos.*» Al momento volvieron las mugeres á la ciudad para darles parte de esta nueva.

María Magdalena, no obstante, quedó sola al lado del sepulcro llorando amargamente; y fijando sus ojos en el lugar donde habia estado depositado el cuerpo de su maestro, los dos ángeles dijeron: «Por qué lloras, muger?» «¡Ay! respondió ella sollozando, me han robado á mi Señor y no sé dónde le han puesto.»

Después de haber pronunciado estas palabras se volvió y vió á uno que estaba de pies detrás de ella; y pensando que era el jardinero le dijo: «Si sois vos, Señor, quien le ha robado, decidme dónde le habeis puesto.» Pero aquel á quien ella se dirigia la respondió con una voz que le era muy conocida: «*María!*» Era Jesus... Magdalena le reconoció y arrojándose á sus pies exclamó: «Maestro!» Jesus añadió: «Vete á buscar á mis hermanos y diles que me has visto;» y apenas pronunció estas espresiones desapareció.

Despues de medio dia se apareció tambien á dos de sus discípulos que se encaminaban á un pueblo llamado Emaus. En la noche del mismo dia se apareció de repente en Jerusalem en medio de la sala donde sus discípulos se habian reunido, aunque las puertas estaban ya cerradas. Les saludó, les mostró las señales de los clavos en las manos y pies, asi como su costado herido, y les dijo: «Del modo que mi Padre me ha enviado os envío yo tambien:» y aspirando sobre ellos añadió: «Recibid el Espiritu Santo: á cuántos perdonáreis los pecados le serán perdonados, y á cuantos se los retuviéreis le serán retenidos:» y al momento desapareció.

Ocho dias despues volvió á aparecer en medio de ellos. Permitted entonces á Tomás, que estaba ausente cuando se les apareció la primera vez, que le tocáse y metiese la mano en la llaga de su costado á fin de que creyera y no pudiera dudar de su resurreccion. Penetrado Tomás de una fe viva se arrojó á sus pies exclamando: «Señor mio y Dios mio!» Jesús añadió ademas estas palabras notables en todos los tiempos: *Bienaventurados los que creen sin haber visto.*



LII.-ASCENSION DEL SEÑOR.

Cuarenta dias permaneció Jesus en la tierra despues de su resurreccion. Durante este tiempo se apareció muchas veces en la Galilea. Un dia al amanecer, á orillas del lago de Genesaretz; otra vez á los ojos de quinientos hermanos suyos, y en varias otras ocasiones. Les hablaba del reino de Dios, y los fortificaba en la fe, la esperanza y la caridad.

Mandó á sus discípulos que se hallasen en Jerusalem para un dia que les fijó. Al punto dejaron ellos la Galilea para trasladarse allí. Al dia fijado se les apareció Jesus, y les dirigió, como en despedida, las siguientes palabras.

“Se me ha dado todo el poder en el cielo y sobre la tierra. Permaneced en Jerusalem, y esperad el don de mi Padre que os ha sido prometido; porque dentro de pocos dias sereis bautizados por el Espíritu Santo. Id por todo el mundo: instruid á todas las naciones, bautizándolas en nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñadlas á observar cuanto yo os he mandado. Vivid seguros de que estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.”

Despues que el Señor les hubo hablado así, los condujo hácia Betania, y subió con ellos al monte de las Olivas. Habiendo llegado á la cima, levantó las manos sobre ellos y les bendijo, diciéndoles: *«Yo me elevo hácia mi Padre y el*

vuestro, hácia mi Dios y vuestro Dios:» y en seguida que pronunció estas palabras, le vieron elevarse en los aires y ascender hácia el cielo; se elevó mas y mas, hasta que al fin una brillante nube le ocultó á su miradas.

Llenos de sorpresa y admiracion, tenian los discípulos sus ojos fijos aun en el cielo, cuando dos ángeles vestidos de blanco, se les presentaron y dijeron: «Como le habeis visto elevarse al cielo, asi volverá en su dia.» Volviéronse los discípulos á la ciudad llenos de una santa alegría, y asistian sin cesar al templo bendiciendo y alabando á Dios.

Desde entonces está Jesus nuestro Salvador en el cielo. Desde allí gobierna su Iglesia santa, y dirige los destinos de cuantos creen en él y en sus promesas.

Niños míos, marchad siempre segun sus santos mandatos, y sed piadosos. Su ojo está constantemente abierto sobre nosotros, y su tierna solicitud vela sin descanso por nuestra suerte. Obedecedle como hijos prudentes, y huid el pecado: entonces se os concederá un dia estar donde él está y compartir su felicidad.

LIII.—JESUS ENVIA EL ESPIRITU SANTO A SUS DISCIPULOS.

Llenos de esperanza los discípulos del Señor aguardaban el don que se les habia anunciado. Llegaron las fiestas de Pentecostés, y la ciudad de Jerusalem estaba llena de israelitas, llegados de todas las partes del mundo: los discípulos se hallaban reunidos todos en un mismo lugar perseverando en la oracion.

De repente se oyó un gran ruido, como el de un viento impetuoso, que venia desde el cielo, y que hizo estremecer la casa en donde se hallaban. Al mismo tiempo, se vieron aparecer llamas, semejantes á lenguas de fuego, que se sostenian en el aire sobre las cabezas de los discípulos; estos fueron llenos de Espíritu Santo, y se pusieron á hablar en diversas lenguas. Este acontecimiento tuvo lugar por la mañana; y habiéndose esparcido la noticia se agolpó hácia aquel lugar una gran multitud. Pronto quedaron todos asombrados de escuchar á aquellos hombres de la Galilea, llenos de inspiracion divina, celebrar en alta voz las alabanzas de Dios en lenguas estrangeras.

Entonces, adelantándose Pedro de enmedio de los otros apóstoles, dijo á la multitud:

«Hombres de Israel, y vosotros todos, habitantes de Jerusalem, escuchadme: Jesus Nazareno á quien habeis visto enmedio de vosotros hacer prodigios y milagros; Jesus Nazareno, á quien habeis crucificado, ha resucitado de entre los muertos. Nosotros somos testigos de ello. Ese mismo Jesus, que ha sido elevado al cielo, ha derramado hoy sobre nosotros el Espíritu Santo, y él es á quien ha hecho Dios el *Señor* y el *Cristo*.»

Habiendo escuchado los habitantes de Jerusalem estas palabras, sintieron su corazon compungido, y dijeron á los apóstoles: «Hermanos, qué es preciso que hagamos nosotros?» Pedro les respondió: «Convertios, y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Je-

sus, para obtener la remision de los pecados; y recibireis el Espíritu Santo; porque esta promesa os concierne á vosotros y á vuestros hijos tanto como á los que están en los mas remotos confines del mundo.»

En el mismo dia se hicieron bautizar mas de tres mil personas, abrazando la fe de Jesucristo. Todos perseveraron en la doctrina de los apóstoles, vivieron unidos de corazon y alma, y pusieron en comun cuanto poseian. Oraban juntos comian juntos, y vivian estrechamente unidos. Alababan al Señor con alegría, y eran amados del pueblo, agregándose de dia en dia mas fieles, que iban engrosando la Iglesia fundada en las doctrinas santas del crucificado.

LIV.-JESUS VIVE EN SUS ESCOGIDOS.

Pocos dias despues, subian Pedro y Juan al templo para asistir á la oracion. Un pobre, paralítico de nacimiento, se hallaba á la puerta, é imploraba la caridad de los transeuntes: rogó tambien á los dos apóstoles le diesen limosna. Pedro le dijo: «No tengo oro ni plata; pero te doy lo que tengo: En nombre de Jesus Nazareno, levántate y anda;» y tomándole por la mano le levantó; y al instante aquel hombre lleno de fuerza se tuvo firme en pié, comenzó á andar, y saltando de alegría alabó á Dios. Al verle marchar, todo el pueblo se llenó de espanto y

admiracion. Entonces Pedro dijo en voz alta: «No somos nosotros, sino el poder de Jesucristo, á quien hicisteis morir, quien ha obrado la curacion de ese hombre. Dios ha enviado tambien á Jesus para vosotros, para vuestra bendicion y salvacion.»

Mientras hablaba asi San Pedro, salió la guardia del templo y se apoderó de él, llevándole preso en union de San Juan. Al dia siguiente, los sacaron de la cárcel y los condujeron ante el gran consejo, quien empezó á dirigirles acusaciones con el fin de imponerles castigo.

Inspirado Pedro por el Espíritu Santo se empezó á defender en estos términos, designando al paralítico que estaba presente; «Sabed que este hombre se presenta sano delante de vosotros por el poder de Jesucristo, á quien vosotros habeis crucificado, y á quien Dios resucitó de entre los muertos. Solo en Jesucristo se puede hallar la salud: ningun otro puede salvarnos.»

La intrepidez de Pedro dejó confusos á los jueces: estos no osaron imponer castigo á los dos apóstoles, porque temian al pueblo; se limitaron á prohibirles con amenazas que hablasen en adelante de Jesucristo, y enseñasen su doctrina. Mas Juan y Pedro les respondieron: «Juzgad vosotros mismos, si es justo ante Dios, obedecer vuestros preceptos mejor que los suyos. En cuanto á nosotros no podemos dejar de hablar

de cosas que hemos visto y oído.» Entonces los dejaron marchar.

Aquel que reconoce á Jesus delante de los hombres, será reconocido tambien en su dia por el Señor, como discípulo suyo delante de su Padre, que está en los cielos.

LV. — ESTEBAN EL PRIMER MARTIR.

Habia, sin embargo, un gran número de judíos que despreciaban la gracia del Señor, y que, endurecidos en su incredulidad, rechazaban la salvacion que se les habia ofrecido. Llenos de ódio hácia Jesus perseguian á sus discípulos; pero estas persecuciones no hacian mas que realzar el brillo de sus virtudes.

Esteban, hombre lleno del Espíritu Santo, hacia grandes prodigios y milagros en medio del pueblo, contribuyendo asi poderosamente á esparcir la creencia en Jesus. Los pertinaces judíos le tomaron ódio; se apresuraron á disputar con él, pero no pudieron resistir á la sabiduría y á la verdad incontestable de sus palabras.

Demasiado viles para reconocer la verdad, se ocuparon solo de atraer el ódio del pueblo sobre aquel discípulo de Jesus; sobornaron gentes que manifestasen haberle oído blasfemar contra Dios y contra Moisés. Irritado el pueblo, se arrojó sobre Esteban, se apoderó de él con violencia, y le arrastraron delante del consejo. Mas este piadoso hombre apareció sin temor delante

de sus jueces. Una calma angélica dominaba todo su ser. Allí profesó abiertamente su fé en Jesus y les dirigió estas palabras: «Siempre os opondéis al Espíritu Santo; haceis lo mismo que vuestros padres hicieron en otro tiempo. Ellos mataron á los profetas que les predicaron la venida del Mesías, y vosotros le habeis entregado y hecho morir.»

Este discurso los inflamó en cólera, y en medio de su rabia rechinaban los dientes; pero levantando Esteban los ojos al cielo, le vió abierto, y percibió á Jesus al lado del trono de Dios. Entonces dijo al momento á los miembros del consejo: «*Yo veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre lleno de gloria á la diestra de Dios.*» Aquellos hombres furiosos dieron entonces estrepitosos gritos, se arrojaron sobre Esteban, y le arrastraron fuera de la ciudad para apedrearle. Rodeado de aquella multitud encolerizada, dijo el apóstol con calma: «*Señor, recibid mi espíritu.*» De todos lados venian á herirle multitud de piedras dirigidas á él con furor: cuando ya estaba gravemente herido se puso de rodillas y exclamó: «Señor, no se lo imputeis á pecado,» y cayó muerto bajo una nube de piedras.

Aquel que ama á Jesus mas que su propia vida, es su verdadero discípulo, y puede estar seguro de su salvacion.



LVI.—CONVERSION DE SAN PABLO.

San Pablo se llamaba antes Saulo: era un enemigo encarnizado de Jesus y de todos los cristianos. Los aborrecia con un extremo furor. Ya como jóven habia tomado parte en el suplicio de San Esteban, guardando los vestidos de sus asesinos. Para saciar su ódio contra ellos se dirigió Pablo al soberano sacerdote, y le pidió permiso para trasladarse á Damasco con pleno poder de apoderarse de todos los discípulos de Jesus; hombres ó mugeres que allí se encontraban, y de traerlos prisioneros á Jerusalem. Se puso en camino para ejecutar su proyecto, y ya se hallaba cerca de Damasco, cuando de repente una luz extraordinaria bajó del cielo y vino á herirle la vista. Saulo, rodeado de aquel esplendoroso brillo, cayó en tierra lleno de espanto, y una voz le dijo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Mas y mas aterrorizado este, y todavía prósternado en tierra, preguntó: «¿Quién sois vos, Señor?» la voz respondió: «¡Jesus á quien tú persigues!» Pablo respondió de nuevo: «Señor, qué quereis que haga?» y el Señor le dijo: «Levántate y entra en la ciudad; allí te se dirá lo que debes hacer.» Se levantó Saulo de la tierra, y quiso mirar á su alrededor, pero na-

da vió: se habia quedado ciego. Sus compañeros le condujeron de la mano á la ciudad. Por tres dias permaneci6 ciego, y estuvo sin comer ni beber. Al cabo de este tiempo, Ananías, servidor piadoso de Jesucristo, vino á la casa que habitaba Pablo, y le impuso las manos diciéndole: «El Señor, Jesus, que se te ha aparecido en el camino por donde venias, me envia á tí para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo.» De repente cayeron de su vista una especie de escamas. Saul6 recobró la vista, y se hizo bautizar, tomando el nombre de Pablo.

Desde entonces vino á ser uno de los mas celosos adoradores del Mesías. Marchó muy lejos á predicar á los paganos el Evangelio de Jesucristo. En el curso de su heroica predicacion tuvo mucho que sufrir por el cristianismo; pero la mano del Señor que estaba sobre él, le fortificó y no le abandonó jamás. Bajo el mismo peso de las cadenas, enmedio de los mas grandes tormentos, permaneci6 Pablo lleno de valor y animado de una viva esperanza. Todo lo sufrió por amor del Señor; y en fin, como un testigo fiel, derramó su sangre para confirmar la doctrina santa que habia predicado durante su vida.

Que su recuerdo sea para nosotros sagrado.



LVII.—LA IGLESIA SANTA DE JESUCRISTO.

Como Jesús lo había mandado, se esparcieron los apóstoles, y algunos de ellos penetraron hasta los países mas lejanos, para anunciar la feliz nueva del reino de Dios. El Señor les comunicó su fuerza celestial, y ellos obraron grandes milagros en su nombre: curaron muchas enfermedades y resucitaron muchos muertos. Frecuentemente se les traían enfermos á su tránsito, y bastaba para curarlos que la sombra de un apóstol viniese á caer sobre ellos. Al instante podían dejar sus lechos, y quedaban enteramente libres de sus sufrimientos. Heridas las almas rectas y sinceras por estos milagros, escuchaban atentamente las palabras de los apóstoles, y abrían sus corazones á la fé. Asi es como la

Iglesia santa de Jesus fué fundándose y acrecentándose mas y mas. Los fieles convertidos á ella fueron llamados *cristianos* del nombre de su maestro. Se aumentaba de dia en dia su número; hombres y mugeres, jóvenes y ancianos, ricos y pobres, judíos y paganos, todos unian sus almas en Jesus por la fé y el amor. Formaban solo un corazon y un alma sola; y llenos de una confianza inalterable eran sufridos en la adversidad, y celosos en la oracion. El Señor velaba sobre ellos, y los dirigia con su mano protectora; y una santa disciplina les preservaba del pecado manteniéndolos en su pureza.

Por todas partes donde se fundaba la iglesia cristiana, establecian los apóstoles maestros que, penetrados del mismo espíritu que ellos, pudiesen predicar el Evangelio á los fieles que se les dejaba confiados. Sufrieron los cristianos desde luego mil crueles persecuciones; pero estos vivificaban mas y mas la fé, brotando millares de cristianos donde corria la sangre de un solo mártir. Asi es como bajo la custodia del Señor, ha pasado la doctrina divina de generacion en generacion, y asi es como, semejante á un rio que vivifica cuanto encuentra en su tránsito, se irá estendiendo á través de las edades hasta la consumacion de los siglos.

Se halla de venta en la libreria de Hernando, calle del Arenal, núm. 11, Madrid.—Su precio 3 reales.

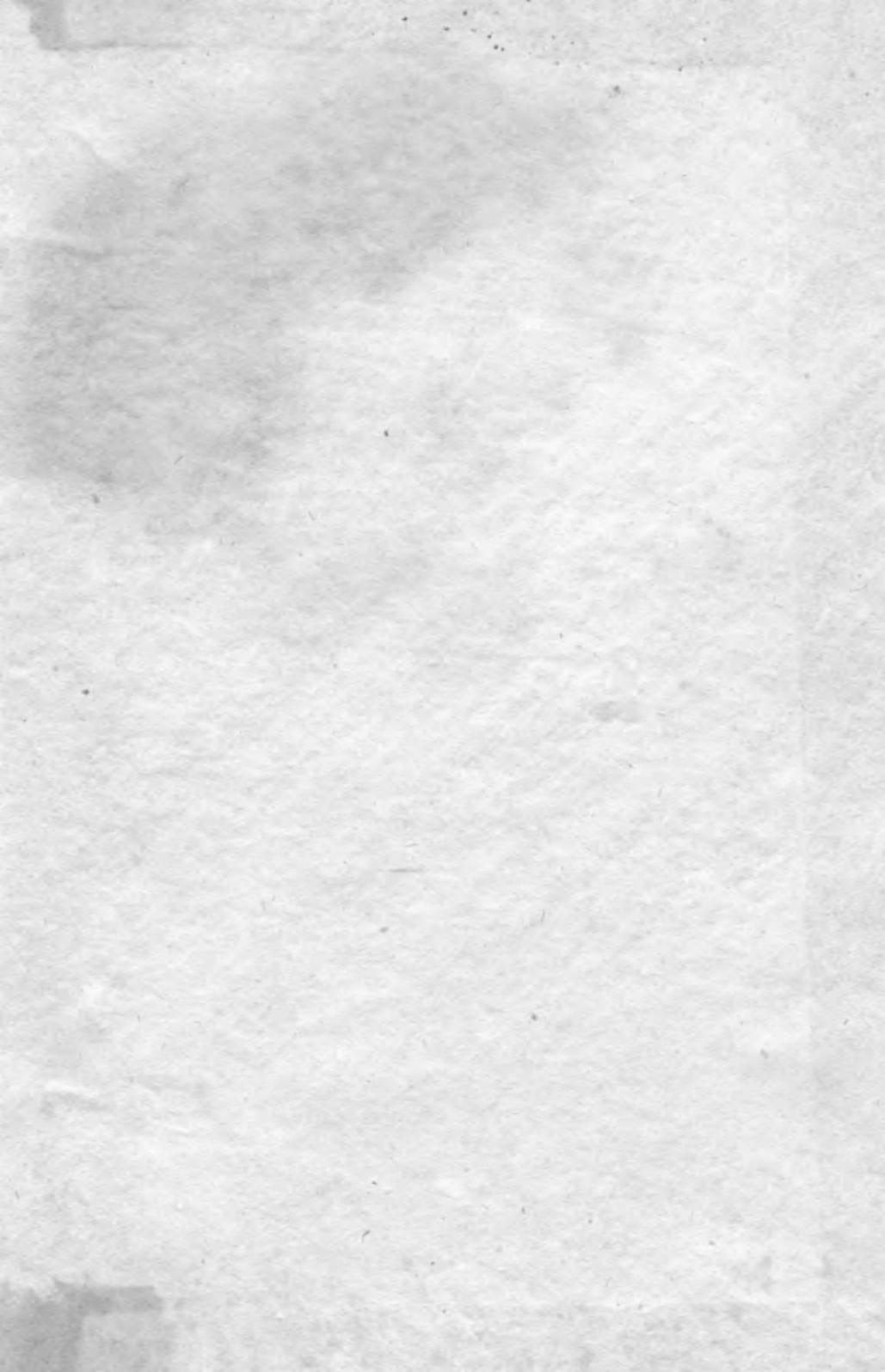


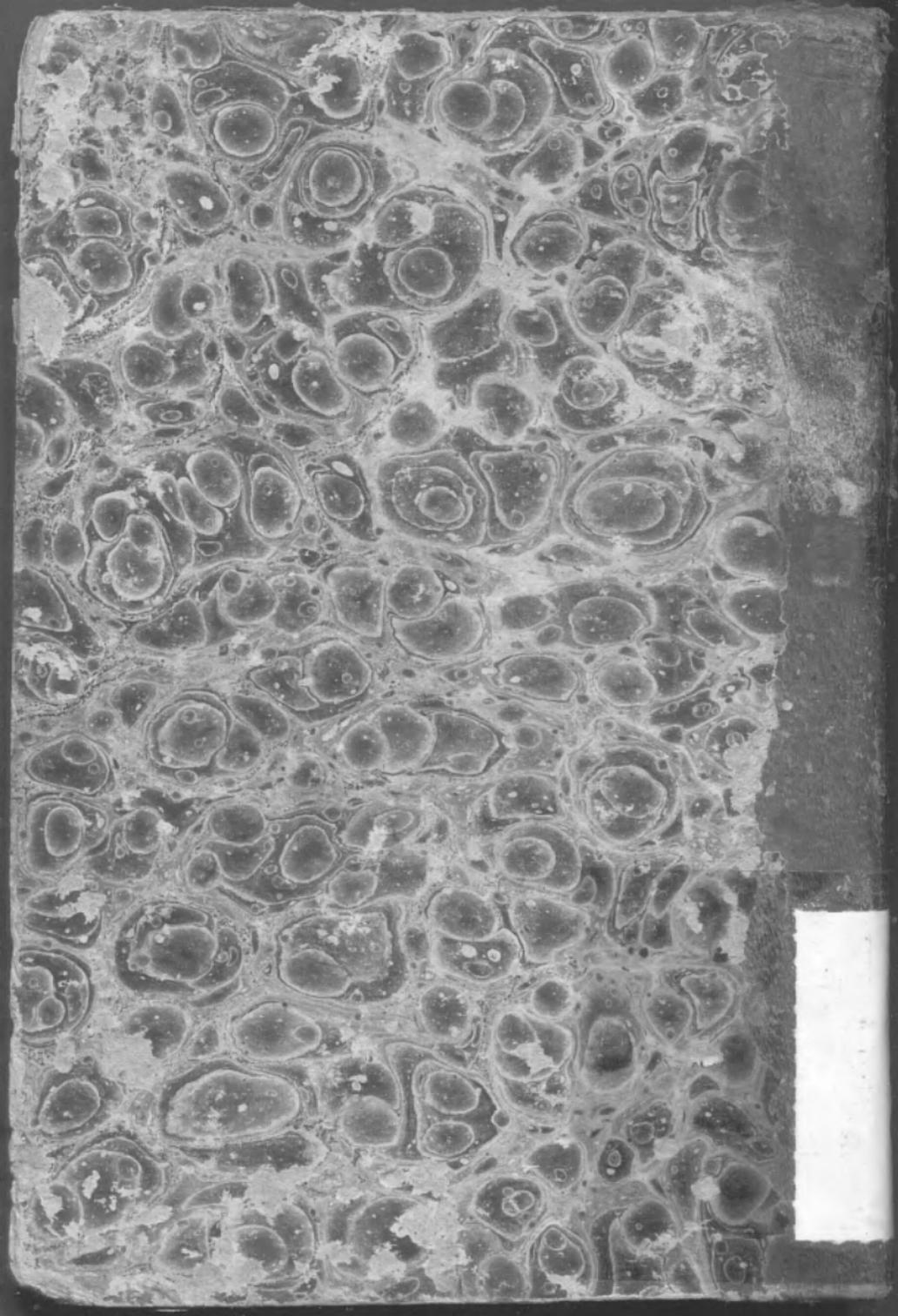
La historia de este pueblo es muy interesante y merece ser conocida por todos los que visiten este hermoso valle. Desde sus orígenes hasta el presente, ha vivido momentos de gran prosperidad y otros de profunda tristeza. Su historia está llena de hechos y personajes que han marcado su destino. En el presente, el pueblo sigue creciendo y desarrollándose, gracias al esfuerzo de sus habitantes y a la ayuda de las autoridades. Su futuro es prometedor y seguro.

En el presente, el pueblo sigue creciendo y desarrollándose, gracias al esfuerzo de sus habitantes y a la ayuda de las autoridades. Su futuro es prometedor y seguro. Los habitantes se esfuerzan por mejorar su calidad de vida y por contribuir al desarrollo de su comunidad. Las autoridades locales trabajan para atraer inversiones y crear nuevas oportunidades de empleo.

El pueblo ha logrado importantes avances en los últimos años, especialmente en el campo de la educación y la salud. Los habitantes disfrutan de una mayor calidad de vida y de mejores servicios públicos. Sin embargo, todavía existen desafíos que deben ser superados, como la falta de infraestructura y la necesidad de mejorar los servicios sociales. Es importante que todos los actores involucrados trabajen juntos para superar estos desafíos y construir un futuro más próspero para el pueblo.

En conclusión, la historia de este pueblo es un testimonio de su resiliencia y de su capacidad para superar las adversidades. Su futuro depende de la voluntad de sus habitantes y de la colaboración de las autoridades. Con el esfuerzo de todos, el pueblo puede alcanzar un mayor bienestar y desarrollo.





CG 254000



THE
LIBRARY
OF THE
CONGRESS
PHOTODUPLICATION SERVICE
5100 MICHIGAN AVENUE
WASHINGTON, D.C. 20540